



La revista es un foro para el diálogo y el debate cultural, la investigación y la creación.

Dirección: Carmen Ruiz Bravo-Villasante.

Colaboradoras de Redacción /Publicación: Raquel Martín Martín, Natalia Martínez Lillo, y Karima Rimal.

Diseño de Logo: Antonio Mengs González. (†).

Web: Cristina Ruiz Fernández.

Asesoramiento: Álvaro Abella | Montserrat Abumalham Mas | Osmán Al Azami Zailachi | Julia Carabaza Bravo | Pedro Cano Ávila | Bárbara Herrero Muñoz-Cobo | Victoria Khraiche Ruiz-Zorrilla | Rosa Isabel Martínez Lillo | Juan Ortega Marín | Khaled Salem | Celia Téllez Martínez| Clara Mª Thomas de Antonio.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

© De la presente edición: Idearabia. Cantarabia.

© Autoras y autores de textos, traducciones, imágenes.

© Fotografía de cubierta : Karima Rimal

ÍNDICE

✓ HASAN ABBADI Hebraizar los topónimos Traducción por CARMEN RUIZ BV.....	3
(texto árabe en pp. 68-71)	
❖ NARRATIVA	
✓ KARIMA AHDAD Nota por SAIDA BOUDAGHIA AL AZRAK	8
✓ KARIMA AHDAD Una espina fina se clava profundamente en mi pie	9
✓ JOSÉ ANTONIO LAGO La ciudad más hermosa que se pueda encontrar Rihla (رحلة)	13
❖ EN EL RECUERDO	
✓ LUZ GARCÍA CASTAÑÓN Sonallah Ibrahim	52
❖ ENTREVISTA	
✓ ENTREVISTA A JAVIER ROCA POR ABDELKHALAK NAJMI	61
❖ RESEÑA	
✓ CRISTINA F. BARCALA (Reseña a:) APARICIO, FERMÍN: <i>La infancia palestina y la supervivencia. Hacia el final de las pesadillas.</i> Prólogo de Jamil Mamoud Abou Saada	65
حسن عبادي عبرنة الأمكنة 68-7.....	

EDITA: CANTARABIA ISSN: 1136-9256 D.L.: 39228-2010

editorialcantarabia.es editorialcantarabia@gmail.com

Imprime: Pinares Impresores

HEBRAIZAR LOS TOPÓNIMOS

HASAN ABBADI

Haifa

Traducción del árabe por

CARMEN RUIZ BV

ESTAMOS asistiendo últimamente, en la era de la globalización, a una batalla global contra la lengua árabe, idioma que debemos preservar y proteger.

Yo nací en el pueblo de Kafr Qar'a, en la Palestina ocupada. Ya cuando era niño había un feroz intento de israelizar a nuestra gente y judaizar el país pero, pese a ello, con el tiempo fue cristalizando en nuestra generación el sentir nacional árabe. Después de que nuestra gente resistiera los intentos de desarraigamiento y desplazamiento durante la Nakba, estábamos convencidos de que "la piedra tiene su sitio en el terreno"; consecuentemente, comenzamos a estudiar lo básico del idioma hebreo y luego a dominarlo para estar en igualdad, luchar por la supervivencia, y ser buenos conocedores, mientras preservábamos el idioma de nuestros padres y antepasados.

Nosotros, como minoría nacional, vivimos entre una mayoría judía. Hemos preservado nuestra lengua y nuestra arabilidad, a pesar de la diaria guerra de judaización, leemos los periódicos hebreos y seguimos los medios y redes sociales hebreos, de los que obtenemos nuestra fuerza en la lucha diaria por la supervivencia, a través de la puerta que es "conocer al otro": el conocimiento es una fuerza y un arma de resistencia aplastante.

Por eso nuestra pugna por el lenguaje es diaria, ya que el sistema intenta releer lo palestino de na manera no solo totalmente alejada de la realidad, sino que la deforma y falsifica para servir a sus intereses y a su enfoque a fin de rehacer la historia y la historiografía. Existe una traducción institucional programada e ideologizada, de forma negativa, que en su momento se llamó "traducción tipo Shabak", propia de los servicios de inteligencia y control, que intenta distorsionar y borrar el idioma árabe, sacarle rentabilidad y judaizarlo. Expoliaron los monumentos históricos y geográficos, robaron el espacio y el tiempo, y las comidas y vestimentas populares y la canción y la danza árabes, en un intento institucionalizado de asaltar el lenguaje. Por eso es tan importante que conozcamos la lengua árabe y nos familiaricemos con ella, manteniéndonos vigilantes y protegiendo el idioma y nuestros territorios.

Primero tomaron nuestra terminología y la introdujeron en el diccionario hebreo, distorsionando los términos, interpretándolos e intentando desesperadamente judaizarlos, y atribuírselos a sus antepasados. ¡Qué doloroso me resulta que roben nuestra comida y se atribuyan nuestros platos, con algún cambio de letras aquí y allá en su intento de sionizarla: es lo que ha pasado con el *hummus*, las *falāfel*, la *tabbūla*, la *muŷaddara* y la *maqlūba*. Y este año se apropiaron de las "‘arā’is"

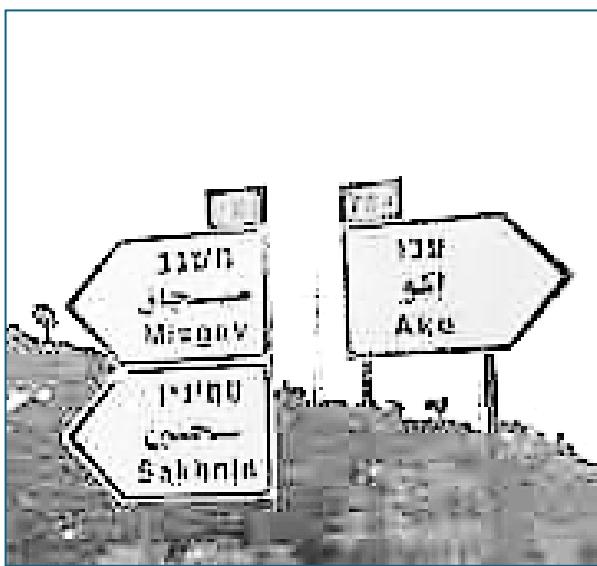
El 27 de agosto de 2019 publiqué un tuit que había recibido. Llevó el título "Tantura: Una Nakba en curso que solo se detendrá cuando regresemos": "La escritora Radwa Ashur ha estado deambulando por las calles de Lisboa, la capital portuguesa, con su marido, el escritor Murid Barguti, y su hijo, el poeta Tamim, y vinieron a parar frente al restaurante Tantura. Ella وارحها ارتعشت [جوارحها ارتعشت] entró con ganas, deseando comer allí. Examinó el menu y le llamó la atención la *maqluba*. Supuso que estaría guisada con la receta de la Hacha Ruqayya Al-Tanturía, hecha por las manos de la nieta Ruqayya, hija de Hasan Al-Tanturi y de Fatima Al-Laddawiyya. Pidió la comida con entusiasmo pero, al leer en el menú que Tantura era un pueblo de pescadores de la costa "israelí", y que era un puerto central en el Oriente Medio, se quedó impactada y empezó a vomitar.

Resulta que el restaurante es una propiedad sionista, que hace propaganda de Israel. Presentan como comidas auténticas palestinas desde el *hummūs* hasta la *maqlūba* y otras, pero las hebraizan al falsificar la historia; así, no mencionan que la población de Tantura, fue arrancada de su tierra nada más suceder la *nakba*, y que se obligó a la gente a emigrar y dispersarse; tampoco hay una referencia a los inocentes que fueron masacrados por los invasores sionistas.

Roban nuestra tierra, se apoderan de nuestra comida, nuestra cultura y nuestro patrimonio, y aquí están sacando rentabilidad a la geografía y a la historia... En realidad, es una catástrofe, una *nakba* continua que solo se detendrá cuando regresemos.

En su momento, traté del libro *El secreto de la frase nominal*, de Firās Haŷŷ Muŷammad, y escribí: «Nos muestra que el nombre es el comienzo del lenguaje, el ser y la existencia humana, y tiene un impacto en la vida social y política. Esto me llevó a nuestra relación diaria con el otro, en el interior de Palestina, ya que a menudo se dirigen a nosotros con nombres estereotipados –Muhammad y/o Mahmud y/o Ahmad– intentando distorsionar y confundir nuestros nombres. Y cuando se les llama la atención sobre este asunto, la respuesta es automática y condescendiente: «¿Qué diferencia hay? Es todo lo mismo.» El nombre es necesario e importante: el de tres letras, cuatro, cinco y seis, cada cual con su propio nombre y su trazado: este es mi nombre, mi rama, me enorgullece y me distingue, tengo raíces y más raíces, tengo un árbol genealógico extenso, no soy un expósito.

De manera similar, el invasor irritado intentó distorsionar e hibridar los nombres de lugares y pueblos desplazados, así como usurpar los nombres de calles, barrios y



ciudades palestinas en un intento de convertirlos en "hebreos originales y auténticos". Los intentos alcanzaron su punto álgido cuando el Ministerio de Transportes israelí ordenó, en 2009, eliminar los nombres de las localidades árabes de los rótulos y señales situadas en las principales vías y calles y reemplazarlos solo por nombres hebreos, de manera que Umm Dumāna se transformó de la noche a la mañana en Dimon. Por dar solo algunos: ejemplos: convirtieron 'Asqalān en Ashkelon, Bīsān en Beit

She'an, Ṣafad en Tzfat, Yāfā en Jaffo, 'Akkā en 'Akkū, Bi'r al-Sab' en Be'er Sheva, Karm Abū Sālim en Kerem Shalom, Lidd en Lod, Zakariyā en Zajāriya, Ṣafūriyya en Tzipori, y Sarafand en Tserifin, etc.

En Haifa, por ejemplo, procedieron a cambiar los nombres de las calles y darles nombres hebreos con connotaciones judías o militares; por ejemplo, la calle Ahmād Shawqī se cambió a Gush Etzion, Ḥasan se volvió Ḥusan, 'Umar al-Mujtār, Raziel, Ṣalāḥ al-Dīn, Bat Giborim, y al-Ma'mūn, en Ani Ma'min, entre otros.



N.T. Señal indicadora de la carretera de Yafa. La palabra carretera está escrita en lengua hebrea, no en árabe, aunque se utilizan letras árabes. © Fotografía del autor.

Lo mismo ocurre con las aldeas abandonadas, que fueron demolidas y sobre cuyas ruinas fundaron las colonias; por ejemplo, Ÿaba' se convirtió en Giba HaCarmel, Dāliyat al-Rūha en Kibutz Dalia, 'Ayn Ḥawd en Ein Hood, al-Tīra en Tirat HaCarmel, 'Ayn Gazal en Ein Ayala, Kafariyyā en Kiryat Ata, Shafiyā en Meir Shafia y Ÿayūr en Yahur.



N.T. El nombre árabe de esta calle de la Jerusalén vieja es 'Aqabat al-Qādisiyya, Cuesta de al-Qādisiyya. © Fotografía del autor.

Ejercen su poder y control sobre ellos, e intentan recrear esos lugares de nuevo, y reclamar su derecho histórico sobre ellos, porque cambiar de nombre hace que las cosas se alienen de su gente.

La pugna por los nombres no es solo lingüística, sino que es una lucha por la vida y la existencia, el control y el poder, talmente como pasa con el fenómeno de distorsión de los nombres de la cocina palestina, usufructuarlos, intentar robarlos y "sionizarlos".

Muchos nombres de ciudades, pueblos, calles, montañas y valles palestinos han sido alterados sistemáticamente contraviniendo el derecho internacional y humanitario. Se trata de unos 95.000 nombres, y la cosa sigue. Se ha establecido un comité gubernamental israelí de denominaciones así como comités municipales locales, en línea con la lucha por la narrativa histórica a base de cambiar el topónimo original y tratarán de judaizarlo, quitando y borrando el nombre original.

Los incansables intentos del establishment sionista sobre el terreno real se están llevando a cabo mediante diversos procedimientos para eludir el nombre árabe:

- cambiar el nombre por completo
- y/o traducir el nombre árabe al hebreo mientras se conservan las mismas letras pero se pronuncian de forma diferente, lo cual lleva a un significado distinto al que tiene el nombre árabe original
- publicar mapas que contengan el nuevo nombre para dissolver el nombre árabe, así como impedir la circulación del nombre árabe original en instituciones y departamentos oficiales.

Por tanto, la respuesta fue lo contrario: adherirnos cada vez más a nuestro idioma, herencia, geografía y narrativa, volvemos a nuestro hermoso idioma árabe en sus orígenes (yo personalmente "abandoné" las traducciones hebreas de la literatura mundial y acudí a las traducciones árabes, y empecé a pensar y escribir el artículo semanal en árabe, cuando antes lo escribía en hebreo).

Hay iniciativas para devolver a la memoria y existencia estos nombres árabes y darles su sitio.



NARRATIVA



Hijas de cactus en 2020.

© Foto inédita de la autora

KARIMA AHADAD

Nota por

SAIDA BOUDAGHIA AL AZRAK

Karima Ahdad es una novelista y escritora marroquí residente en Estambul. Periodista y productora de contenido digital desde 2014.

Ha publicado tres novelas: Hijas de cactus (Editorial le Fennec Marruecos, 2018), Sueño turco (Centro Cultural Árabe de Beirut, 2021) y La otra mujer (Ediciones Almutawassit 2024 Italia).

Ha recibido varios premios, entre ellos el Premio de Relato Corto para jóvenes escritores, otorgado por la Unión de Escritores Marroquíes en 2016, y el Premio Mohammed Zafzaf de Ficción en árabe por su novela

Varios fragmentos de esta obra han sido traducidos al francés, inglés, español y esloveno.

Su relato corto "**Una espina fina se clava profundamente en mi pie**" que se publica en IDEARABIA, nº 22, en mi traducción, fue galardonado con el Premio ArabLit y Komet Kashakeel en 2024.

NARRATIVA. Marruecos

KARIMA AHADAD**Una espina fina se clava profundamente en mi pie*****"شوكة رفيعة تحفر عميقاً في قدمي"**

Traducción:
SAIDA BOUDAGHIA AL AZRAK

MI padre adora inmensamente el mar, así que decidí llevarlo el sábado. Postergué la cita con mi abogada para finalizar la gestión de mi divorcio, y el día anterior fui al mercado exclusivamente para comprarle un short azul y un sombrero nuevo. Sabía que le fascinaba el color azul; tenía el temor de que fuera esta la última vez que fuéramos juntos al mar.

Cuando sostuve su mano enjuta, arrugada y fría, mi cuerpo se estremeció. Caminamos lentamente hacia la puerta de casa y sentí como si ya no lo conociera. La mano de mi padre, la que me guiaba al mar en mi infancia, era entonces rellena y áspera.

¿Cómo se convirtió aquel agarre fuerte y cálido en solo huesos, venas y piel temblorosa? No recuerdo cómo fue debilitándose el cuerpo de mi padre, ni cómo su cerebro se fue erosionando —junto con su autoridad y los recuerdos de su larga vida—, ni en qué momento empezó a desvanecerse su existencia.

La última vez que lo vi realmente entero fue el día de mi boda. Con el rostro recién afeitado, vestía un traje elegante y una corbata roja. Me miraba con desprecio y amargura; siempre me miró así, y nunca supe por qué.

En el pasado, mi padre no tenía un cuerpo enorme ni atlético, pero sí fuerte y rudo. Caminaba largas distancias, nadaba mucho, comía pescado y le encantaba la cerveza. Me llevaba a la playa, me levantaba en alto y me ponía sobre sus hombros, mientras mis pequeños pies quedaban colgando en el aire.

Pero nunca me compró un helado, ni una mazorca de maíz, ni siquiera un chicle barato. Nunca me felicitó por mis buenas notas en la escuela. No sabía que amaba los libros, tocar la guitarra, que tenía miedo a las alturas, a los insectos y a la soledad; que había tenido ataques de pánico por pensar demasiado en la muerte, la aniquilación y la separación; que mi intención era ser locutora de radio y no ingeniera.

Nunca se preguntó por qué me mordía las uñas, por qué tenía sobrepeso, ni siquiera supo cuándo me convertí en mujer.

Sin embargo, no le guardaba rencor. Lo amaba, lo amaba con todo mi corazón. (A veces basta con que nuestros padres nos carguen sobre sus hombros para que los amemos con fuerza; el amor es un asunto muy complejo y completamente ilógico).

Amaba sus ojos color avellana, su piel morena, sus manos ásperas y su ropa polvorienta, manchada de cemento. Sentía lástima por él, como si fuera mi propio hijo; incluso me sentía culpable por cada momento de sufrimiento que experimentaba, como si yo lo hubiera traído a este mundo cruel y brutal. En cuanto a su sonrisa, me hacía sentir como si estuviera a salvo para siempre.

Extendí una toalla colorida sobre la arena para él, le ayudé a sentarse, puse a Umm Kulthum en mi teléfono y empecé a hablarle de mi infancia. Lo había hecho tantas veces, pero ahora lo había olvidado; se había convertido en nada más que espacios en blanco en su sesera.

La sesera de mi padre se ha vuelto liviana como una nube, aliviada del dolor del pasado y de la ansiedad del futuro. Me miraba sorprendido; a veces sonreía con su boca desdentada, y otras reía alegremente, como un bebé feliz que intenta decir algo.

Esta vez le pregunté:

—¿Por qué no me compraste dulces y un refresco en la fiesta de fin de curso de mi primer año escolar? ¿Por qué me llevaste con las manos vacías y me dejaste mirando a los otros niños, como si no tuviera padre?

Me contempló con ojos aterrorizados, como si le hablara de otra persona. Luego se acurrucó, como un niño asustado y alterado.

No respondió.

—Mira qué clara y brillante está el agua... ¿Todavía amas el mar, papá?

Seguía observando las olas con ojos vacíos. Quería preguntarle: ¿por qué le había impedido a mi madre venir con nosotros? ¿Por qué se había burlado de mi forma de caminar cuando era pequeña? ¿Por qué nunca me había quitado la espina que se me clavó en el pie mientras caminaba con él por la playa? ¿Por qué nunca me había cargado en sus hombros cuando la arena caliente me quemó los pies, aquel verano lejano?

Pero eso sería en vano: mi padre no recordaba nada de su vida anterior, y tampoco recordaría lo que estaba sucediendo ahora, ni lo que sucedería después.

Cantaba Umm Kulthum: “*¿Quieres que volvamos a como fuimos ataño? Dile a ataño que vuelva*”.

Le cubrí la cabeza con el sombrero nuevo. Miró a su alrededor con el asombro de un niño que experimenta el mundo por primera vez.

Cerca de nosotros pasó un carro que vendía mazorcas de maíz.

—¿Quieres una mazorca de maíz, papá?

Repetió en un tono confuso:

—Maíz...

Detuve al vendedor.

—¿Cómo la prefieres, papá?

No respondió. Le compré una mazorca hervida, igual que las que me apetecía en mi niñez.

A mi padre le diagnosticaron Alzheimer hace dos años. Cuando me separé de mi marido, hace un año y medio, decidí mudarme y vivir con él. Mi madre lo había dejado hace mucho tiempo, porque uno de los dos ya no soportaba al otro. Se fue a vivir con mi hermana, pero nunca se separaron oficialmente.

Mi madre nunca pensó en el divorcio; no porque lo amara y no pudiera olvidarlo, sino porque ya no le importaba algo llamado feminidad. Su cuerpo hace tiempo que se había vuelto flácido, y sus pechos, en ese momento, les llegaban a las rodillas.

No recuerdo que mi madre fuera joven; siempre estaba cansada y enferma. Ella únicamente era una madre.

Mi padre agarró la mazorca de maíz y empezó a devorarla con gusto. Había olvidado todo: su vida pasada, su dolor y las hazañas de las que se enorgullecía —me refiero con “hazañas” a los cigarrillos de hachís (marihuana) que, de joven, enrollaba y cuyo humo soplaba delante de todos con orgullo; las peleas que ganaba cuando estaba ebrio; sus aventuras con mujeres; el abandono de sus estudios para emprender un negocio y ganar dinero. También había olvidado sus decepciones y su proyecto fracasado, incluso si alguna vez existió ese proyecto.

De nuevo volvió a contemplar el mar, y allí su mirada se perdió.

Lo observé con cariño y sentí nostalgia por mi infancia. No sabía si anhelaba algo en particular, o si simplemente estaba triste porque mi infancia había terminado.

Le limpié los labios; me miró como si no me reconociera. Le ajusté el sombrero y le sonreí.

Umm Kulthum cantaba: *“Tráeme un corazón que no se haya derretido ni amado, ni haya sido herido, ni haya conocido la privación.”*

Durante diez años, mi esposo quiso que le cocinara todos los días, que amasara el pan para su madre, que cuidara de su hermana, que visitara a su tía, que respondiera los mensajes de WhatsApp de la esposa de su tío, que mantuviera la casa limpia en todo momento y, sobre todo, que siempre estuviera guapa.

Y él olía a un sudor insopportable, y nunca se lavaba la cúrcuma que se le quedaba en los dedos al comer, y a mí, lo que me preocupaba era comprender los escritos de Roland Barthes —mi padre nunca entendió eso.

Cuando le dije, hace años, que quería divorciarme, me respondió con desaprobación. Dijo que siempre supo que yo estaba loca y que jamás podría seguir con un hombre.

Mi padre olvida todo, y a veces se imagina que sigue siendo un niño corriendo con sus ovejitas por los pastos del pueblo donde creció.

Pone su cabeza sobre mi pecho - me olvido de que soy su niña – olvido que él es mi padre -he olvidado de que fue mi parde desde hace tiempo, incluso antes de que él olvidara que soy su niña

Apoyó su cabeza en mi hombro; miramos juntos el mar.

Seguía chupando la mazorca vacía, sin maíz.

—Le dije que ya era suficiente, que teníamos que regresar.

(Sigo conservando el amor por mi padre, incluso cuando ya no es dueño de sí mismo.)

Pero lo que no he podido olvidar es la espina fina que se clavaba profundamente en mi pie y me impedía caminar.

F I N



NARRATIVA

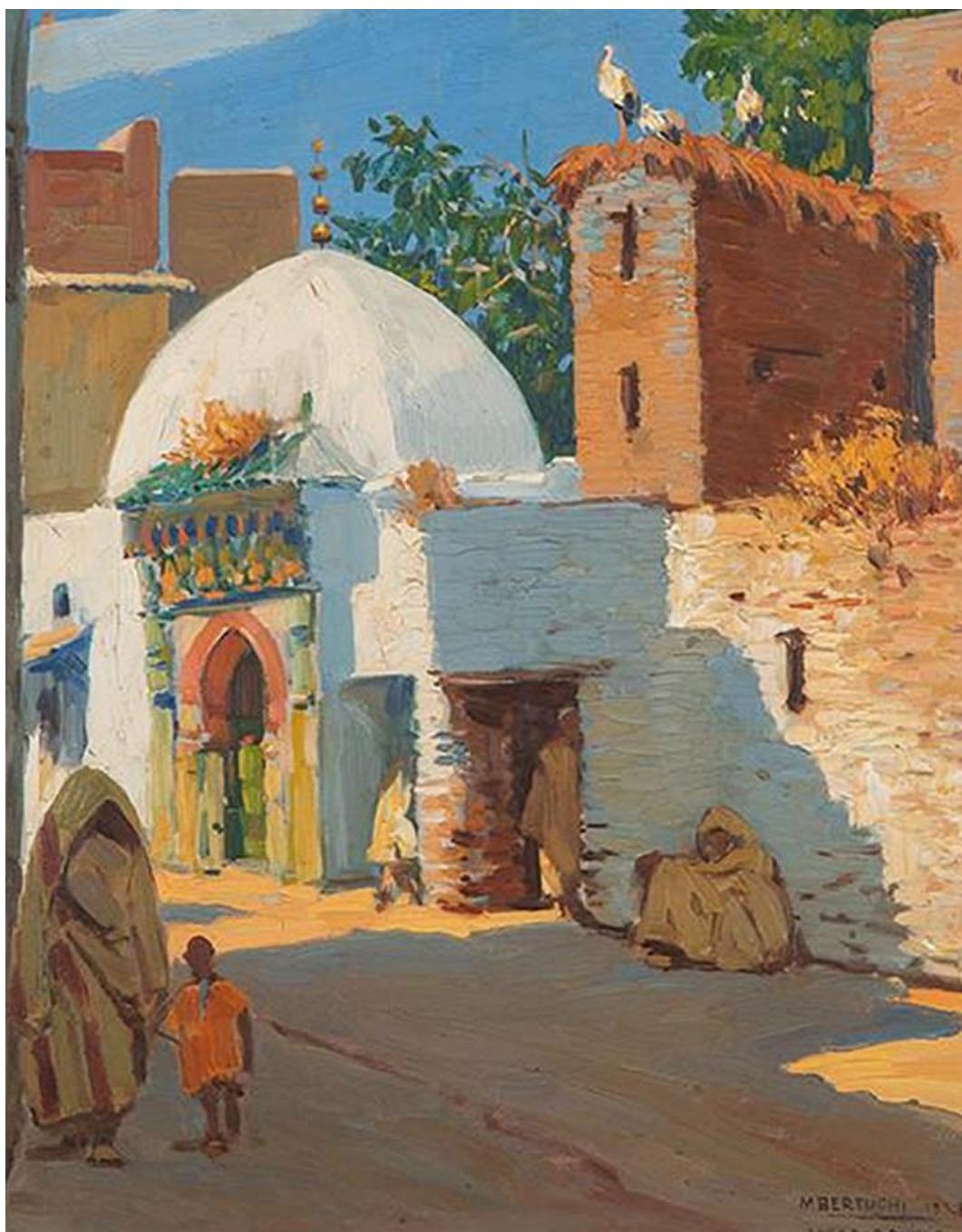
A continuación (pp. 15-54), se publica en este número de *Idearabia* un texto de José Antonio Lago. Es un anticipo de *El Hotel Continental y otras historias marroquíes*, continuación de *El bazar de las palabras*, y segunda parte de la *Trilogía del hachís*. La selección de imágenes y sus pies, así como las notas, se deben al autor.

Se ha mantenido su sistema de transcripción.

JOSÉ ANTONIO LAGO

LA CIUDAD MÁS HERMOSA QUE SE PUEDA ENCONTRAR

Rihla (رحلة)



Calle de Tánger. Obra de Mariano Bertucci

PALABRA PRELIMINAR

Mientras no cesen de modo definitivo la matanza indiscriminada de inocentes, la limpieza étnica y el *apartheid* que el «ente genocida», el estado criminal de Israel, está perpetrando en Palestina desde hace más de setenta años ante los ojos del mundo entero, el silencio cómplice de la mayor parte de los gobiernos del planeta, incluido el marroquí, la simulación, la palabrería, la inacción y la reacción tibia, ineficaz y tardía de algunos de ellos, incluido el español, urgidos por sus pueblos, y la encarnizada persecución, detención y apaleamiento de quienes se atreven a defender la paz, la justicia, la humanidad y la vida a lo largo y ancho de todo el mundo, nuestros cantares, nuestros textos y nuestras ficciones no pueden ser sin pecado un adorno. Pero no nos queda más remedio que seguir; seguir sin cansarnos nunca de denunciar lo que está pasando y no cejar jamás en el empeño de llevar a los culpables y a sus cómplices y propagandistas ante los tribunales para que paguen por sus crímenes horrendos y, sobre todo, no dejar de gritar bien alto: ¡Viva Palestina libre! ¡Muerte al sionismo! ¡Sí se puede!

(Madrid, 21 de septiembre de 2025, con más de sesenta y cuatro mil palestinos asesinados hasta el momento —seiscientos ochenta mil según algunas estimaciones —, entre ellos más de veinte mil niños, y la mayor parte de Palestina ocupada y arrasada).

*Viajar primero te deja sin palabras
y después te convierte en un contador de historias*
Ibn Battuta



Mulay Ismail

1

Tras los pasos del rey guerrero

CIERTO día de la primavera de 1992, cuando el sol se enseñoreaba ya de los cielos del Yebala y la luna se retiraba del escenario envuelta en un caftán de astros, Isabel, mi habitual compañera de correrías marroquíes, y yo salimos de Xauen, adonde habíamos ido en busca de sueños olvidados en anteriores viajes, a bordo de un cansado y polvoriento automóvil, pertrechados de todo lo imprescindible para el viaje, incluida una nada desdeñable bola de polen *ketami* que nos había facilitado nuestro amigo Abdul, el Houga. Apenas disponíamos de una semana, y tras pasar por Ceuta, Tetuán, Oued Laou y Xauen, sobre todo Xauen, nuestros objetivos eran bien modestos, pretendíamos iniciar el lento regreso a la Península por

Alcazarquivir, Larache, Asilah y finalmente Tánger, un anillo irregular engastado de poblaciones de origen bereber, un ópalo iridiscente, un arete de plata vieja, la perla Peregrina...

Pero nada más rebasar el cruce de la Cascada y antes de poner proa a Larache, decidimos tomar el desvío hacia Ouezzane para hacer una rápida incursión en Meknes y después buscar el Atlántico por Rabat y, finalmente, seguir la costa hacia el norte, una de esas extravagancias necesarias en todo viaje. Para no perder demasiado tiempo, pues no era nuestro propósito quedarnos a dormir en la capital imperial, y a pesar de nuestra inveterada costumbre de rehuirlos, optamos por ponernos en manos del primer guía turístico que se pusiera a tiro. El que nos tocó en suerte, no era un guía oficial; pero a cambio estaba motorizado, lo que implicaba que él abría la marcha a lomos de un vetusto ciclomotor acatarrado y nosotros le seguíamos en el coche hasta llegar a los diversos puntos a visitar, en los que todos descendíamos de nuestras monturas y continuábamos la marcha a pie, escuchando el batiburrillo de explicaciones ciertas e inciertas que el hombre nos iba propinando.

Así, pasamos por unas enormes dependencias carcelarias, la prisión subterránea de Habs Qara, donde el emir fundador, o más bien «reformador», de la ciudad (que arrebató a la tribu bereber autóctona de los Meknassa que le da su nombre e hizo desmontar piedra a piedra para volverla a edificar y hacerla su capital) había tenido encerrados a unos sesenta mil prisioneros, me pregunto con qué objeto, venderlos como esclavos, supongo, o pedir un rescate por ellos, aunque la razón más plausible no debió de ser otra que engrosar las filas de su poderoso ejército. Tan singular personaje no era otro que Mulay Ismail, un despótico gobernante del siglo XVII de quien ya nos había dado cumplida noticia un par de días antes el vigilante del museo de Xauen, un modesto museo etnográfico ubicado en la plaza de Uta el Hamman, en el interior de la Kasbah, la antigua fortaleza mandada construir precisamente por el excesivo Mulay Ismail, مولاي إسماعيل en árabe, «Ismail de Marruecos», «el rey semental», «el sultán sangriento»: Abdul Násir Mulay Ismail as-Samin ben Sharif, respetado teólogo, *cherif* o jerife, esto es, descendiente del Profeta, reputado constructor de mezquitas, graneros, cuadras, jardines, murallas, puertas monumentales, cárceles y, sobre todo, alcazabas, que prodigó por todo el territorio marroquí para contener a las tribus bereberes del norte, y entusiasta ladrón de vidas, segundo sultán de Marruecos de la dinastía alauita, el monarca que más tiempo ha ocupado el trono marroquí hasta la fecha: treinta y dos años, y, ríanse ustedes, también récord Guinness de la procreación y la fertilidad, entre otras habilidades, capacidades y méritos.

Formidable guerrero, Mulay Ismail combatió victoriamente contra los turcos y arrebató Tánger a los ingleses y Larache a los españoles en su afán por hacerse con las ciudades costeras que estaban en manos de las potencias extranjeras, logrando unificar buena parte del territorio marroquí a costa de dejar más de treinta mil cadáveres enemigos en el campo de batalla, aunque a pesar de que creó una poderosa armada en su desmedido interés por lograrlo, fracasó en sus intentos de hacerse con Ceuta y Melilla, localidades que asedió durante largos años. Tampoco logró conquistar

Argelia, que estaba en manos del Imperio Otomano. Tal vez no venga al caso ahora, pero el guardián del museo de Xauen también nos contó que allí, en los sótanos de la Torre del Homenaje que hay en la propia kasbah, estuvo encarcelado en 1926 Abd el-Krim, el temible caudillo rifeño Muhammad Ibn 'Abd el-Karim El-Jattabi, cabecilla de la tribu de los Beni Urriaguel, universitario, traductor, funcionario de la Administración colonial, corresponsal de *El Telegrama del Rif*, cadí de Melilla, verdugo de las tropas españolas en el así llamado «Desastre de Annual», que se saldó con casi diez mil muertos y cientos de heridos, pesadilla de las fuerzas de ocupación francesas y españolas durante el Protectorado y presidente de una vigorosa República del Rif, Dawlat Aljumhuriya Rifiya, a cuyo frente se mantuvo durante casi cinco años, y llegó a acuñar moneda y a tener bandera propia. Aunque mis indagaciones posteriores no me permiten confirmar este cautiverio. ¡Quién sabe! La verdad es una moneda de dos caras.

Pero volviendo a Meknes y a nuestro guía motorizado, después de Habs Quara, visitamos un gigantesco lago, el estanque de Agdal, que nuestro sultán, contemporáneo de Luis XIV, empleaba de abrevadero para sus doce mil caballos. Todas las historias acerca de Mulay Ismail, de las que nuestro guía iba desgranando una versión simplificada y no muy fiable, estaban salpicadas siempre de grandes cifras y desmesuras: sus quinientas esposas, sus cuatro mil concubinas de diversos orígenes, razas y procedencias, incluida una legendaria mujer irlandesa, Mrs. Shaw, al parecer su décima esposa, de la que apenas se tiene más noticia, aunque algunas fuentes precisan que esta no fue una de las esposas del sultán, sino una esclava convertida en concubina, finalmente manumitida y casada con un español converso, sus casi dos mil hijos, su ejército de ciento cincuenta mil esclavos cristianos, árabes, sudaneses y andalusíes, de entre los que destacaba la Abid al-Bujari, la Guardia Negra, compuesta por dieciséis mil hombres de dicha raza, y magnitudes similares...

Si quisiéramos completar el retrato que nuestro cicerone iba haciendo del gran monarca de Meknes con la información que contienen las guías turísticas al uso, tendríamos que añadir que el sujeto era un notable destructor de obras de arte y un asesino más que mediano; pero, aunque esto excede el propósito de estas líneas, quisiera detenerme, siquiera un momento, en el increíble capítulo de su inmensa progenie, que fuentes de la época estiman entre setecientos y mil ciento setenta y un hijos, todos ellos varones, pues el pérrido Ismail mandó degollar (o estrangular, que también en esto hay versiones) a sus más de ochocientas hijas nada más nacer, aunque tampoco le hacía ascos a asesinar a los varones, de los que ordenó desmembrar a más de uno. Aunque, entre tanta cifra disparatada, la más comúnmente aceptada y por la que se le ha otorgado el récord Guinness al hombre más prolífico de la historia, como ya se ha mencionado, es la de ochocientos ochenta y ocho hijos. Cierta estudiosa¹, por así llamarla, ha calculado incluso, con ayuda de programas informáticos y algoritmos, la frecuencia con la que el fogoso emir hubo de tener relaciones sexuales para alcanzar

¹ La matemática austriaca Elizabeth Oberzaucher.

tan ingente progenie, estableciendo la cifra entre 0.83 y 1.43 veces diarias durante treinta años para ser padre de los mil ciento setenta y un hijos que sus extravagantes cálculos le atribuyen.

En lo tocante a su残酷 desmedida, por si no fuera suficiente con lo ya referido, baste con mencionar que, durante su proclamación como sultán en Fez, Mulay Ismail mandó decapitar a setecientos esclavos, cuyas cabezas sirvieron para engalanar las extensas murallas de aquella su primera capital, que pronto sustituiría por Meknes. Algunas crónicas estiman que a lo largo de su vida ejecutó a unos treinta y seis mil de ellos, algunos con sus propias manos, como pudo atestiguar un embajador francés,² que en cierta ocasión lo encontró «ensangrentado hasta los codos», silbando despreocupadamente. Todos estos méritos y algunos otros hicieron a Mulay Ismail acreedor al apodo de *Safaq Adimaa*, el «sediento de sangre», que le otorgaron sus súbditos.

Eran las cinco o seis de la tarde cuando abandonamos Meknes para dirigirnos a Rabat, donde habíamos decidido pasar la noche, tras una breve incursión por el barrio bereber, donde a pesar de que habíamos advertido al guía repetidas veces que no teníamos la menor intención de comprar nada, no pudimos evitar que nos llevara a algún telar y algún taller de orfebrería, por el módico precio de unos cuantos cigarrillos americanos, que demandaba compulsivamente a intervalos regulares de diez minutos. Ese fue el único botín que obtuvo de nosotros, aparte de unos pocos dirhemes que hubo que pagarle por sus servicios. Sus reiterados intentos de vendernos una bola de hachís de tamaño considerable también fracasaron, provistos como estábamos del xauni que nos había proporcionado el bueno del Houga en Xauen.

[Suena «Negoum El Shark (2)»]

² Dominique Busnot.



El dios Oceanus, mosaico encontrado en las ruinas de Lixus

γ

**al-‘Arā’ish
(Larache)**

TRAS dejar atrás Rabat, con sus hoteles de sábanas almidonadas y sus instantáneas polaroid del mausoleo de Mohamed V, la Torre Hassan, los Jardines Andalusíes, el paseo Marítimo y el océano Atlántico visto desde la Kasbah de los Udayas, la medina, el Zoco del Oro y el viejo Barrio Pirata de Salé, la ciudad hermana, abrazada como su pariente al río Bu Regreg, la ruta hasta Larache, donde llegamos varias horas después con un estallido de mal humor de nuestro R-9, ofuscado por la fatiga del viaje, fue apenas una mera sucesión de nombres al borde del camino: Kenitra, Souk el Arba y algunos otros. A medida que el coche se va acercando a Larache, se van espesando los bosquecillos de castaños, enebros y argán a ambos lados de la carretera, a la vez que desaparecen las larguísimas conducciones de agua de regadío que nos han acompañado en los últimos kilómetros.

Larache, «El Jardín de las Flores», al-‘Arā’ish en árabe romanizado, parece haber crecido bastante en los últimos años, se ven hoteles remozados a la entrada del pueblo y algunos restaurantes nuevos con nombre español, como «Paco y Pili» y otros semejantes. Ya estamos de nuevo en la zona del antiguo protectorado español. El coche sigue buscando el corazón de la población por la avenida de Mohamed V, en la que también se observan calles recién asfaltadas y edificios reformados o en

construcción, hasta que por fin llegamos a la plaza de la Liberación. Comemos allí mismo, en una callecita que lleva desde la plaza al paseo marítimo, avenida de Mulay Ismail, donde las olas batén con furia contra las escolleras, mientras un viento rabioso alborota toda la villa. No cruzamos esta vez la puerta de la medina ni visitamos el hotel Riad, donde en otros tiempos hemos jugado al tenis bajo el sol abrasador de agosto, en una descuidada pista de tierra batida llena de piedras y ramas. En esta ocasión, optamos por continuar el viaje hacia el norte y hacer un breve trayecto en coche por un camino que sale de la población y se estrecha en un corto brazo que nos lleva entre salinas hasta el cruce de la playa, justo en el lugar donde están las ruinas de la antigua ciudad romana de Lixus, edificada sobre un enclave fenicio fundado entre los siglos VIII y XII antes de Cristo.

La carretera de la playa está en obras, como la mayoría de las que recorreremos en este viaje. La vista de Larache desde la playa, recortada en silueta bajo el sol, es una de esas pocas imágenes que una persona sensible no puede olvidar en su vida. El ancho río Lucus viene a desembocar aquí, a la playa de Lixus. Sentados bajo una sombrilla en un cafetín desierto, tenemos en primer término el río, en cuyo cauce penetran con fuerza las olas del mar. En la otra orilla, se ve el puerto a la izquierda, con numerosos barcos tiñendo el horizonte de brillantes colores. Desde aquí, la medina se extiende hacia la derecha y asciende colina arriba, con sus edificios de escasa altura apiñados como en una colmena, entre los que destaca la estructura de hormigón de un bloque de viviendas en construcción. El pequeño promontorio, por delante del cual corre el paseo marítimo, termina en un acantilado sobre el mar en el que destaca la silueta de una mezquita algo apartada, coronada por el sol radiante.

Por allá arriba, lejos del alcance de la vista, anda el «cementerio marino», uno de los dos camposantos españoles de Larache, un mortuorio donde el viento es perpetuo y donde, desde 1986, en una tumba sin cruz orientada a La Meca, reposan los restos del poeta maldito Jean Genet, por alguna razón que desconozco, tal vez porque el escritor francés pasó en Larache los últimos años de su vida, en una casa que había regalado a un joven marroquí, Mohamed el Katrani, al que había «adoptado» y que con el tiempo se convertiría en su amigo y amante. Un cementerio, en fin, donde están enterrados numerosos soldados españoles muertos en las desdichadas guerras coloniales de los años 20; una necrópolis que solemos frecuentar, bajo la atenta mirada del vigilante y depositario de las llaves de la misma, no para honrar la infame memoria del poeta ladrón y presentarle nuestros respetos, como cabría suponer, sino para pedir explicaciones a sus restos mortales por las atrocidades que en su día perpetró en París contra la fotógrafa y escritora Carole Achache, a quien aquel elemento violó cuando la niña apenas tenía doce años de edad. Carole, que se suicidó en 2016, era hija de la también escritora Monique Lange, que años después se casaría con el escritor catalán Juan Goytisolo.³

³ Mucho tiempo después de estos hechos y más de treinta años más tarde que Genet, Juan Goytisolo fue enterrado también en este mismo lugar (ya que no quiso ser inhumado en esa «madrastra inmunda» que era para él España), en una tumba cercana a la del eximio ratero, echando así el

Era hora ya de partir, pero un cierto espíritu vagabundo nos hizo detenernos en el cruce de la carretera de la playa, dejar el coche junto a una señal de STOP, entre árabes que esperaban el autobús y campesinos *amazigh* que regresaban a sus alquerías con sus vacas, y visitar las ruinas de la ciudad romana de Lixus, en las que nunca nos habíamos detenido en viajes anteriores.

Atravesamos un hueco en la verja verde que circunda el lugar y comenzamos a ascender por la ladera, donde se contemplan ya las primeras ruinas. Un poco más adelante, un grupo de españoles, siguiendo las indicaciones de un guía *amazigh*, observa unos pozos y edificaciones subterráneas, probablemente los restos de las dependencias donde se confeccionaba el preciado *garum*, un condimento elaborado en la antigua Roma con vísceras fermentadas de pescado y especias, que también tenía usos medicinales y cosméticos. Nosotros decidimos huir hacia adelante para esquivar al guía y proseguir solos colina arriba. Algunas vacas pelirrojas ramonean en la crecida hierba que devora las ruinas. Un paseante solitario está empeñado en acariciar a alguna de ellas; pero le rehúyen con cara de pocos amigos. Desde lo alto de la colina, la vista es impresionante, un gran valle en el que se dibuja el río Lucus, que se desliza desde el Rif hasta el mar serpenteando como una culebra azul.

El sol empieza a enrojecer con la proximidad del crepúsculo y la magnífica vista nos parece una recompensa suficiente para poder irnos del lugar sin remordimientos por no completar la visita pues queremos llegar a Tánger antes del anochecer, de modo que iniciamos el descenso. Pero entonces aparece el grupito de españoles, medio centenar de metros más abajo de donde nosotros nos encontramos, precedido por el guía, quien, extendiendo un brazo con autoridad, señala una loma más arriba y nos dice en castellano «espera», haciéndonos invertir el rumbo. Ahora somos nosotros los que abrimos el cortejo. El guía va vestido con una chilaba parda de lana cruda, una *derbala* anudada con una cuerda a la cintura como la que llevan tantos menesterosos y no pocos campesinos por todo el Rif, con la capucha bajada para protegerse del sol, y unas humildes sandalias. Tiene el rostro moreno, una crecida barba negra y los ojos, dotados de una extraña fuerza, del mismo color. Al llegar a lo alto de la loma, encontramos un pequeño anfiteatro y un gran mosaico, que está casi intacto, que representa a quien por un momento pensé que era Júpiter Tonante, pero al que ulteriores indagaciones convirtieron en

cierre a esta atroz historia, en la que, además de la violación cometida por Genet contra Carole Achache, a la que su madre no dio importancia por ser Genet un autor famoso, podemos contar con la violación «en manada» sufrida por la propia Monique Lange en los años 50 en unos sanfermines y los abusos que padeció Mona Achache, la hija de Carole y nieta de Lange, en Marrakech, por parte de un tal Amir, a la sazón novio de Goytisolo, abusos que Mona, que solo contaba catorce años de edad, decidió no denunciar porque Goytisolo, a quien ella apreciaba y admiraba, la convenció de que no lo hiciera «dadas las diferencias culturales». En fin, como escribió Carole en *Fille de...*: «Juan [Goytisolo] vive como un sultán, Amir es el esclavo soñado. Las mujeres cocinan y barren». Un «linaje maldito», en palabras de Mona Achache. Esto sí que son historias ejemplares...

el dios Okyanus u Oceanus. Lo cierto es que, con la atroz mezcolanza de dioses griegos y romanos que ofrecen las guías de viaje y la increíble promiscuidad de vestigios y ruinas bereberes, fenicias, cartaginesas y romanas que hay en el recinto, es difícil para el visitante poco avisado saber si los deteriorados restos de mosaicos, arcos, bóvedas, murallas, columnas y templos que encontramos esparcidos por todas partes corresponden al culto a Hércules, Neptuno o cualquier otro personaje de la mitología.

La verdad es que ha merecido la pena subir hasta aquí, pensé, aunque de nuevo dudamos si seguir ascendiendo o regresar ya al coche; pero el dedo admonitorio del guía, que ya está a una decena de metros con su grupito, vuelve a señalar hacia arriba a la izquierda y de nuevo acatamos la orden. Desde este promontorio, entre las altas ruinas de un templo, podemos contemplar de nuevo la vista que domina todo Larache con mayor majestuosidad si cabe: la villa, la desembocadura del río, las salinas, la playa y el mar. Estamos casi en lo más alto y parece que ya no hay nada más que ver; pero un árabe solitario que se encuentra contemplando el paisaje en tan desolado lugar se adelanta esta vez al guía, que aún no nos ha dado alcance, y nos señala un último grupo de ruinas un poco más arriba al que nos dirigimos sin poner objeciones.

Dice la leyenda que es aquí, en Lixus, donde Hércules (o Heracles según la cosmogonía griega) venció en combate a muerte al monstruoso gigante Anteo, hijo de Poseidón y Gea, y donde algunas tradiciones ubican el Jardín de las Hespérides, el jardín de las ninfas del ocaso, Egle, Eritea y Hespereteusa, hijas o sobrinas de Atlas (la mitología es el más hermoso e inútil de los saberes o, tal vez, el más útil de todos ellos, pero no es una ciencia exacta), el huerto donde el héroe legendario robó las manzanas de oro que, como es sabido, otorgaban la inmortalidad y que guardaba Ladón, un dragón de cien cabezas que nunca dormía. El combate con Anteo fue extenuante, pues cada vez que este caía al suelo, Gea, la Madre Tierra, su propia madre, le hacía cobrar nuevas fuerzas, hasta que finalmente Hércules se percató de lo que sucedía y lo asfixió en el aire. El descomunal combate sirvió para que Hércules, además de conseguir las manzanas de oro, uno de los doce trabajos que le había encomendado Euristeo para redimirle de la furia homicida que le había hecho matar con sus propias manos a su mujer, a sus hijos y a dos de sus sobrinos, abriera el estrecho de Gibraltar, resguardado por las columnas que flanquean sus dos orillas.

Después, Hércules poseyó a la viuda de Anteo, Tingis, la desposó y fundó en su honor la ciudad que lleva su nombre, Tánger (aunque sobre algunos de estos extremos no todos los autores están de acuerdo), «la más bella ciudad del mundo conocido», donde los hombres «son los más grandes y hermosos que se puedan

hallar», frases ambas que se suelen atribuir a Ibn Battuta,⁴ aunque no hay la menor evidencia de que «el Tangerino» las pronunciara alguna vez.

Nada más iniciar el descenso, nos cruzamos con el grupito de españoles en su camino hacia la cima, y al pasar junto al guía deslizo en su mano una moneda de cinco dirhemes que desaparece en el acto en la amplia manga de su chilaba. Por fin, nuestro coche (azul, no recuerdo haberlo dicho antes) se desliza por la ruta de Asilah entre las rosadas claridades del crepúsculo. Los bosquecillos se siguen espesando a ambos lados de la carretera sobre el suelo arenoso y el mar se deja ver a la izquierda de cuando en cuando. Algun campesino aparece sorpresivamente al borde del camino, al paso del vehículo, exhibiendo bolsas de cacahuetes. En largas mesas de madera, se disponen para su venta pequeñas garrafas de agua y unas curiosas bolitas de tierra apelmazada cuya utilidad es para mí un auténtico misterio.

[Suena Lamrani Cherif]

⁴ Abu Abd Allah Muhammad ibn Abd Allah ibn Muhammad ibn Ibrahim al-Lawati al-Tandîi, más conocido como Ibn Battuta.



El Raisuni en el Fondak de Ain-Yedida

¶

Las murallas de Arcila

LEAMOS a Asilah con las últimas luces del día, cuando una muchedumbre de nativos y turistas ocupaba aceras y calzadas, cafés y bazares, sobre todo en las estrechas y abrigadas calles de la medina, que se esconden tras los muros de la vetusta muralla portuguesa, hasta donde no llegan los airados humores del viento, tan poderoso en toda la costa atlántica, desde Agadir hasta Essaouira y desde Arcila hasta Tánger. Dejamos el coche aparcado frente a la muralla y nos dispusimos a recorrer una vez más los bazares del viejo enclave «pirata», apelativo no tan exagerado como pudiera parecer en un principio, pues, aunque no tiene la tradición corsaria de ciudades como Salé, cuyos piratas berberiscos, temibles traficantes de oro y esclavos, asolaron estas costas durante décadas, provocando el espanto y la desolación. Asilah fue considerada en los siglos XVIII y XIX puerto corsario y refugio de filibusteros, y por ello asediada, sitiada y bombardeada en diversas ocasiones por ejércitos portugueses, españoles y de las distintas naciones que la codiciaron a lo largo de su historia.

El *cherif* Muley Ahmed Ibn Muhammad Ibn Abdallah al-Raisuli, «El Raisuli», es considerado por algunos el último de los piratas berberiscos. Descendiente del santón Muley Abdesalam el Mexix y del propio Profeta, como proclama su título de

cherif, pachá de Asilah y pretendiente al trono de Marruecos, aunque nunca llegó a alcanzar el título de jalifa, El Raisuli era príncipe de la tribu de los Beni-Arós y cabecilla de todas las tribus de origen *amazigh*, árabe y andalusí del País Yebala, una región geográfica y cultural al noroeste de Marruecos, una división administrativa de la época del Protectorado hoy en desuso. El Yebala es un territorio montañoso al oeste del Rif que se extiende por el norte entre Tánger y Tetuán y llega por el sur hasta Alcazarquivir, Xauen, Ouezzane y Taounate.

El Raisuni, que es como prefiere denominarlo la tradición árabe, es un personaje legendario a medio camino entre un asesino despiadado y un héroe popular. En ambas facetas destacó Muley Ahmed sobremanera. Dio sus primeros pasos en la delincuencia iniciándose en el robo de ganado, como cabecilla de una tropa de cuatreros, lo que le supuso varios años de prisión en Mogador. Posteriormente, se inició en el lucrativo negocio del secuestro, llevando a cabo numerosos raptos de oficiales y funcionarios marroquíes y extranjeros para financiar sus actividades delictivas con el dinero obtenido de los rescates.

El más destacado de esos secuestros fue el conocido como «incidente Perdicaris», el rapto en Tánger, en 1904, del millonario griego-norteamericano Ion Perdicaris y su hijastro Cromwell Varley, por cuya liberación, el «Águila de Zinat», como también se conocía a El Raisuni, exigió al sultán Mulay Abdelaziz la exorbitante suma de setenta mil dólares y algunas concesiones territoriales, exigencias que finalmente obtuvo tras la participación en el asunto del mismísimo presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, que además de aprovechar la ocasión para acuñar su conocida frase «*Perdicaris alive or Raisuli dead*», envió a Tánger siete buques de guerra y varias compañías de marines a los que se sumaron otros barcos de guerra británicos, españoles e italianos.

En lo que se refiere a su otra vertiente, como héroe del pueblo, El Raisuni mantuvo una trayectoria irregular, en su alejamiento y acercamiento a las autoridades españolas y de otras naciones responsables del Protectorado, siendo particularmente turbulentas sus relaciones con el general Manuel Fernández Silvestre, comandante en jefe de las tropas españolas durante la guerra del Rif. Su popularidad entre los rifeños, que perdura hasta nuestros días, y su connivencia con las tropas españolas tras varios años de guerra contra ellas acabaron por granjearle la enemistad de Abd el-Krim El-Jattabi, lo que a la postre supondría su perdición.

Al Raisuni se debe el edificio que lleva su nombre, el palacio Raisuni en Asilah, también conocido como «el Palacio de las Lágrimas», un palacete construido a principios del siglo XX en la parte norte de la kasbah, desde cuya torre vigía, que se alza treinta metros sobre el mar, cuenta la leyenda que el pérvido «Sultán de la Montaña», otro de los infinitos apelativos de nuestro héroe, obligaba a sus prisioneros a arrojarse contra los acantilados, una historia tan poco verosímil como tantas otras, que hablan de pasadizos secretos, tesoros escondidos, bellas mujeres cautivas y otros relatos sobre sucesos prodigiosos, que circulan sobre el palacio. Sea como fuere, lo que parece seguro es que El Raisuni fue capturado por

las tropas de Abd el-Krim en el Rif, probablemente en Tarzut, y murió en el cautiverio en Tamassint, cerca de Alhucemas, en abril de 1925.

Si exceptuamos la temporada estival, cuando Asilah se ve invadida por una ingente muchedumbre de turistas europeos y marroquíes, como cualquier otra ciudad costera, esta villa es tranquila y apacible, hay menos agobio de gentes en busca del dinero de los turistas si exceptuamos a los vendedores ambulantes de dulces, que pululan por todas partes ofreciendo sus mercancías, que exhiben en bandejas de mimbre colgadas del cuello. Asilah es de los pocos lugares de Marruecos donde la presencia de los inevitables vigilantes de coches es casi soportable. Frente a la muralla, que es el centro neurálgico de la vida local, hace muchos años que brotaron una serie de pequeños restaurantes con terracitas castigadas por el viento, frecuentadas por los gatos callejeros, donde se puede comer pescado frito, gambas, percebes y langostas de desigual calidad a precios muy razonables. Decidimos quedarnos a cenar algo allí, pues ya era bastante tarde, de modo que ocupamos una mesa en una de las terrazas y esperamos pacientemente a que nos sirvieran unas cervezas y unos platos de pescado, mientras un fuerte viento se empecinaba en alborotar los manteles, derribar sombrillas, aún desplegadas, y hacer volar las servilletas, para desesperación de clientes y camareros, que se afanaban inútilmente en dejar de nuevo todo en orden. Aunque nuestra idea era llegar a Tánger aquella misma noche, el agradable peregrinaje por los bazares, el rumor de los cafés al anochecer y la brisa del paseo marítimo nos hicieron torcer una vez más el rumbo y buscar alojamiento en Asilah. No tuvimos que buscar mucho, a unos metros de la terraza donde nos habíamos dedicado a pelar percebes y gambas encontramos un hotelito de reciente construcción y no quisimos indagar más.

El hotel Las Palmas no solo no es gran cosa, sino que ni siquiera es barato y, además, a pesar de que está recién construido, tampoco funciona demasiado bien; lo típico en este país: las cisternas gotean y la mayoría de las tuberías son problemáticas. Los dueños, sin embargo, son gente simpática y agradable. El encargado, que fue quien nos acompañó a la habitación, tenía todas las trazas del consumidor de hachís. Me miró en él como en un espejo: sus despistes constantes a la hora de asignarnos habitación, sus olvidos, lo complicada que acababa por hacer cualquier operación sencilla, como conseguir un vaso de agua...

A la mañana siguiente, partimos por fin hacia Tánger. Asilah fue solo una mera etapa, un sitio donde pasar la noche que, por añadidura, me sirvió para agregar un par de casetes más a mi colección de cintas de música árabe. A partir de entonces, todo fue quedando al sur; Asilah, con su muralla portuguesa, sus cafés, sus bazares azules y sus terrazas, se fue difuminando en el recuerdo. Los escasos treinta kilómetros que separan la antigua guarida de El Raisuli de Tánger fueron apenas una sucesión de playas desiertas azotadas por el viento, que es también el dueño y señor de la capital de verano del rey Hassán II.

[Sueno Mimún Rafru`]



El hotel Continental en la época en que transcurre el relato

ξ

El hotel Continental

Msí que, una mañana cualquiera de la Semana Santa de 1992, llegamos por fin a Tánger, en medio de un caos automovilístico en el que autobuses, taxis, coches particulares, ciclomotores, motocarros, bicicletas, bestias de carga, guardias de tráfico y peatones se enredaban en un concierto infernal de *claxons*, silbatazos y gritos desafinados; cruzamos la parte alta de la ciudad y nos dirigimos al hotel Continental, que es nuestro alojamiento habitual en Tánger desde que nos lo recomendó un expatriado español afincado en Oued Laou. La historia que aquel hombre (que era, además, explorador de cuevas y descubridor de rocas magnéticas y hoteles «con encanto») nos contó en su día es que el Continental pertenecía a unos judíos, razón por la cual las autoridades marroquíes

lo habían ido aislando poco a poco, haciendo cada vez más difícil el acceso de vehículos al señorrial edificio, hasta llegar al momento actual, en que solo queda un paso prácticamente imposible de encontrar para el profano y tan angosto que los autocares no pueden ni siquiera soñar con acercarse, lo que aleja al hotel de las agencias de viajes y circuitos turísticos.

Situado frente al mar, en un extremo del puerto, parece que, efectivamente, los muelles donde anidan los transbordadores, los aparcamientos, las aduanas y otras dependencias portuarias se han ido apoderando de todo el espacio disponible en la explanada que hay debajo del hotel hasta estrangularlo. Mudo testigo de tiempos mejores es una larga y estrecha escalera de piedra, camino natural de entrada al hotel desde el puerto, que actualmente languidece cegada, sorda y muda y va a morir frente a un muro. De este modo, la única forma de llegar al hotel actualmente es a través de las estrechas y empinadas callejas de la medina, que comienza al atravesar un pequeño arco de piedra: la puerta de Bab Marsa. Hay tramos en los que el espacio disponible para el paso de vehículos es ajustadísimo, como atestiguan los rayones de todos los colores que adornan los vetustos muros de las casas de la rue Dar Baroud. Además, hay que ir sorteando a los numerosísimos transeúntes que pasan acarreando bolsas, cestas, sacos, enseres, carretillas, asnos y toda suerte de vehículos de tracción animal o humana. Aunque el peor de los escenarios posibles es encontrarse frente a frente con un automóvil que baja en dirección contraria, lo que obliga a desandar todo el difícil camino marcha atrás e intentarlo de nuevo, a ver si esta vez hay más suerte. Afortunadamente, es un trayecto muy breve, y nosotros, tras atravesar la verja de entrada, enseguida pudimos dejar el coche en el pequeño aparcamiento al aire libre del hotel, un *parking* marino que apenas es capaz de albergar una decena de vehículos y está custodiado permanente por un vigilante.

De modo que estábamos por fin en Tánger, de nuevo en el hotel Continental. Tras saludar al obsequioso vigilante del aparcamiento y dejar el coche a su cuidado, subimos las estrechas y empinadas escaleras que conducen a la terraza del hotel, una gran plataforma circular con mesas y sillas de jardín pintadas de blanco que estaba desierta a aquellas horas.

Aunque sigue siendo magnífica, la vista desde la terraza debió de ser espléndida en otros tiempos más afortunados, cuando el hotel dominaba el mar desde las alturas sin que se le opusiera ningún obstáculo. Aunque una remodelación reciente ha rescatado la centenaria muralla portuguesa y despejado algo la planicie que hay bajo el hotel, actualmente lo que se ve en primer término son los muelles, y hay que elevar la vista por encima del mar, hacia el otro extremo de la bahía, hacia donde la metrópoli crece buscando el horizonte, para percibir su belleza. Los remates de hierro forjado pintado de verde que recorren la balaustrada encalada están decorados con estrellas de David, lo que parece confirmar el relato del infeliz explorador de cuevas de Oued Laou, de cuyo infierno tal vez tengamos ocasión de hablar más adelante. Un único árbol, una esbelta palmera de grandes dimensiones, emerge desde el *parking*, alzándose majestuosa por encima de la terraza, a la que da sombra. El edificio, de cuatro

alturas, es de estilo colonial contaminado de modernismo, con un cierto perfume arabizante en los arcos de herradura que recorren la planta baja y los tejadillos de teja verde que coronan ventanas y balcones, en fin, lo que una guía turística denominaría «estilo hispano-morisco».

Circunspecto en las alturas, perdido en las ensueños de un tiempo entre costuras en cuyos pliegues se esconde un Tánger de diplomáticos, aristócratas europeos, millonarios americanos, espías, contrabandistas, estafadores, *gangsters*, traficantes y estraperlistas de cartón piedra, el hotel Continental se mira en los curvos espejos del pasado como quien mira un retablo en el que sucesivas capas de pintura se superponen sin llegar a tapar completamente las precedentes y vive en la añoranza de los tiempos ya remotos en que Delacroix, Matisse, Gaudí, Baroja o Churchill frecuentaban sus salones, Jack Kerouac hollaba sus alfombras y Degas plantaba el caballete en el balcón de su habitación. El hotel vive sumido en la nostalgia de los años dorados del Tánger de los consulados y las legaciones diplomáticas, de los casinos y los cabarets, del Tánger de los burdeles, del Tánger de «la Zona» (o de «la Interzona», como la llamaba William Burroughs), del Tánger del protectorado internacional, para muchos la mejor época de la ciudad, que se extendió, con alguna breve interrupción, de 1923 a 1956, y fue ejercido, juntos o por separado, por España, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Bélgica, Países Bajos e Italia.

Las mejores habitaciones son las que se asoman al puerto, sobrevolando la terraza, aunque esta vez nos hemos tenido que conformar con una de las peores, cuyos balcones miran hacia un patio interior donde suelen tender las sábanas. La entrada del hotel es una gran puerta acristalada que se abre a la recepción, con sus sillones, sus carillones de intenso color azul decorados con arabescos, un añafo fonógrafo, un piano que de cuando en cuando acaricia algún cliente, con mejor o peor fortuna, generalmente esto último. Una de las piezas curiosas que hay en el lugar es una biblioteca de madera oscura y cristal cerrada con un pequeño candado que está situada justo a la izquierda del mostrador de recepción, donde se amontonan los libros más dispares, desde polvorientos tomos españoles de topografía y minería de los años 40, encuadrados en piel, hasta la edición original americana de la infame biografía de John Lennon perpetrada por Albert Goldman, algunos de ellos probablemente restos de naufragio de viajeros presentes y pretéritos. Al otro lado del mostrador, está el encantador comedor decimonónico, en el cual se rodaron algunas de las más conocidas secuencias de *The Sheltering Sky*,⁵ la película de Bernardo Bertolucci basada en el libro homónimo de Paul Bowles.

A la izquierda de la entrada, una gran estancia que llega hasta el callejón que da a la parte trasera del hotel, recientemente remodelada y habilitada como tienda de *souvenirs*, donde se alinean en ordenadas hileras todos los objetos que se pueden hallar en el resto de bazares de Tánger y de todo Marruecos: adornos de metal y cuero, anillos y pulseras de plata, manos de Fátima, vasijas y platos de cerámica,

⁵ *El cielo protector.*

babuchas y toda suerte de baratijas para turistas. En el extremo opuesto, a la derecha del *hall*, hay una estancia toda cubierta de alfombras de colores vivos, extendidas por suelos y paredes. Si se pasa a la hora adecuada, se puede encontrar en este cuartito a un hombrecillo silencioso que se afana en su tarea de tejer, ayudándose de un telar manual tradicional provisto de dos grandes pedales de madera.

Uno de los encantos de este notable edificio son estos espacios acogedores, saloncitos en penumbra con divanes y veladores, iluminados apenas por la luz tamizada de las vidrieras policromadas que los decoran, comedorcitos silenciosos que sorprenden al viajero en su deambular por los corredores, la salita del desayuno, los techos pintados de algunas estancias con la estrella de seis puntas como motivo decorativo, los mosaicos de otras... El resto de los pisos está decorado de modo similar: un carillón con la esfera del reloj rota y sin agujas, un tapiz enmarcado un poco más allá, un viejo plano español en la escalera... El hotel, de todos modos, está en plena decadencia, se ve que ha venido a menos en los últimos tiempos y, dentro de un orden, nada está demasiado limpio ni funciona demasiado bien; pero nada de esto le hace perder su encanto.

[Suena Younes Megri]





El Zoco Chico, a mediados del siglo XX

○

Puerta de África

NADA más llegar a Tánger, la así llamada Puerta de África, la presión de la gente se hace más agobiante, entre otras razones, por la presencia del puerto, con todo el tráfico de personas y mercancías que conlleva. Ya a la misma puerta del propio hotel Continental, hay varios muchachos y no tan muchachos, traficantes callejeros de drogas y buscadores de fortuna y de problemas, esperando pacientemente al acecho de sus presas. Nos deshacemos de ellos, con más dificultad de la acostumbrada, con una receta a base de caminar deprisa y no ver ni oír a nadie, si acaso, como último recurso, mascullando algunas frases de rechazo en una infame mezcla de español y árabe.

Cuando nos quedamos, al fin, solos, decidimos dar una vuelta por los alrededores del puerto, una de las zonas más concurridas de la población; tomamos una cerveza Stork en un bar y un apresurado bocadillo, uno de esos sándwiches locales, un panecillo abierto, rebosante de verduras, cebolla y salsa picante en un puesto callejero, y después, nos acercamos a la zona de los ferris que unen Tánger con Algeciras y, tras observar un rato las maniobras de atraque de uno de los transbordadores y contemplar la instalación de la pasarela para que

bajaran los pasajeros, fuimos caminando hasta los alrededores del hotel Marco Polo, en pleno centro del Malecón (o paseo Marítimo, o avenida de España, o bulevard Frente al Mar, o paseo del Sultán, o paseo de la Marina, o avenida Lalla Meriem, o avenida del Puerto, o paseo del Príncipe Moulay Abdallah, según de qué época sea el plano, rótulo callejero, rincón de la memoria o interlocutor que consultemos). Después, cogimos el coche y tomamos la carretera de Ceuta para recorrer las hermosas y desiertas playas que la jalanan; pero no llegamos a bajar del vehículo siquiera, pues como suele suceder en Tánger, y en especial a este lado de la bahía, soplaban un fuerte viento, de modo que decidimos regresar y encaminarnos al café Hafa.

El café Hafa, otra de las recomendaciones del expatriado de Oued Laou que mencionamos hace algunas páginas, es un encantador mirador que anida en un acantilado que domina la bahía y el Estrecho, desde el que se puede ver, incluso, la Península, con Tarifa dormitando ahí enfrente, a apenas treinta y tres kilómetros de agua de distancia. Situado debajo del campo de fútbol de Marshan, un estadio construido por los españoles en tiempos del protectorado internacional, que fue la referencia que nos dieron para encontrarlo, el popular café, abierto por un tal Ba Mohamed en 1921, se esconde al fondo de una estrecha calleja en cuesta a la que no es recomendable tratar de acceder en coche si se desea preservar la integridad del mismo. A la izquierda del arco de entrada, está el café propiamente dicho, una pequeña estancia oscura y desordenada en la que algunos parroquianos ocupan su tiempo bebiendo té a la menta, tomando pastelillos de almendras y charlando con los encargados, que se afanan en preparar té y café para sus clientes.

Dejando atrás el cafetín, se desciende por unas gradas, entre arbustos y flores silvestres que conforman una suerte de jardín de senderos que se bifurcan bastante descuidado que llega hasta el borde mismo del mar, el océano Atlántico, que aquí se disfraza del mar que amaron los griegos. Según se baja, se van abriendo pequeñas terrazas independientes a izquierda y derecha, a veces cubiertas por unas astrosas techumbres de paja sujetas por unos palos endeble y retorcidos, a veces a cielo descubierto. A diferencia de otras ocasiones, hoy el café está bastante concurrido y tras bajar y subir varias veces por las gradas, damos por fin con una terracita vacía en la parte alta, a la que enseguida nos trae unas sillas destaladas un solícito empleado sin ningún signo en su indumentaria que lo distinga del resto de los presentes.

Siempre que lo hemos visitado, se respira en el lugar una cierta atmósfera mística, presidida por un silencio respetuoso, casi religioso, propiciado por la relativa privacidad de las terrazas y la omnipresencia del mar eterno, cuyo rítmico vaivén predomina sobre el rumor de la brisa y el leve suspiro de la vegetación de vocación mediterránea, con la complicidad del inmenso cielo azul, salpicado de nubes, que se mira en sus aguas. Hay gente, incluso, que viene aquí, sencillamente, a meditar.

A nuestra izquierda, un grupo de árabes taciturnos beben té a la menta pausadamente y fuman kif en una larga pipa de madera de boj, un *sebsi* con

cazoleta de arcilla que se van pasando por turnos. Más abajo, una pareja de turistas españoles, los únicos aquí aparte de nosotros, se imponen de cuando en cuando al leve murmullo de las voces con el discreto clic de sus cámaras fotográficas, lo que me anima a imitarles durante unos minutos. Al otro lado, un hombre solo y descalzo, sentado sobre una estera, lee silenciosamente el *Corán*. Al pasar a su lado, puedo ver con claridad que lo tiene abierto por la sura «La Vaca», una azora medinesa que es la segunda y la más extensa de las ciento catorce que contiene el libro. Un poco más allá, un árabe silencioso contempla el mar. Algo más abajo, un individuo grueso, de mediana edad, vestido a la usanza occidental, como casi todos aquí, se sienta junto a su hijo, un niño también grueso, y charlan en voz baja en una de las mesas, o más bien, habla el padre y escucha el hijo, atento a las enseñanzas de su progenitor. Entonces me di cuenta, de repente, de la clamorosa ausencia de mujeres marroquíes en el café, algo por otra parte, nada raro en aquellos días, fue como si una piedra arrojada por una mano invisible hubiera roto la placidez de las aguas de un estanque: la única presencia femenina, aparte de la de Isabel, era la de las desinhibidas turistas occidentales que se paseaban arriba y abajo por el recinto.

Aquel primer día en Tánger no dio para mucho más, apenas una incursión por la medina, del Zoco Grande al Zoco Chico, que es como se denominan aquí las zonas más abigarradas del mercado. Tánger se reclina sobre el monte Marshan, lo que la convierte en una ciudad de cuestas. El zoco asciende desde el puerto por numerosas callejas empinadas y estrechas, como riachuelos de montaña, arterias por las que fluye la vida popular. El atardecer es uno de los momentos más agradables para recorrerlas, mientras un auténtico hormiguero humano pulula por ellas.

Una vez aquí, conseguimos por fin desenvolversemos con cierta soltura a salvo de guías oficiales y espontáneos, perdiéndonos una y mil veces en las endiabladas vueltas y revueltas de las callejas y plazuelas, y pasear deteniéndonos en tiendas y bazares hasta recalcar en alguna de las confiterías y tahanas que nos salen al paso a beber un vaso de *lebn*, la leche agria, lo que no deja de sorprender a los habituales de estos sitios, extrañados de que nos guste su sabor bronco. En estos pequeños tenduchos se pueden tomar zumos, batidos, leche, café, bollos, dulces, bocadillos, queso, y *msamen*, un panecillo muy agradable si se toma caliente con miel, mermelada, azúcar o sirope por encima, una especie de *crêpe* o filloa más grande y algo basta.

Subiendo por la calle de la Marina, sin ningún rumbo preciso, vamos dejando a ambas orillas, edificios de tiempos del Protectorado, pensiones, peluquerías, cines, muchos de los cuales aún conservan sus nombres originales, al igual que los rótulos de algunas calles; imágenes y voces españolas que, muy deterioradas, aún reverberan en la ciudad: el barrio de Castilla, la pensión Valencia, la calle de Murillo, la Casa Toledano, el restaurante Casa de España, la sede del telégrafo, la difunta plaza de toros. En tiendas y bazares, cafés y restaurante, aún es frecuente escuchar los ecos de las cadenas españolas de televisión...

Casi sin darnos cuenta, llegamos al Souk Sghir, el Zoco Chico, una plazuela desnuda en la que las calles se ensanchan y convergen, donde se encuentran algunos de los cafés más concurridos y donde abundan los puestos de golosinas. Llegados a esta cota, se puede optar por tomar la calle de los Almohades o cualquiera de los afluentes que salen a la derecha y dejarse llevar por la corriente humana que circula por las intrincadas callejas del zoco o seguir subiendo por la calle Siaghin hasta llegar a una gran plaza circular abarrotada de tráfico que en tiempos se llamó el Zoco de Afuera, Zoco de Barra en *dariya*, el árabe dialectal marroquí, actualmente plaza del 9 de abril y siempre el Zoco Grande o Grand Socco. Nosotros optamos por la primera opción y decidimos dar la vuelta, abandonando las zonas más concurridas, y seguir callejeando, deteniéndonos en algunos de los puestos del mercado, donde compramos unos racimos de uva, husmeando en las tiendas de especias y perfumes, donde venden ámbar y almizcle entre muchos otros aromas y esencias, curioseando en los bazares en busca de alguna manta bereber que fuera de nuestro agrado, algo que llevamos persiguiendo varios días en los distintos lugares que hemos visitado sin ningún éxito.

La noche ha terminado de caer y optamos por retirarnos al hotel caminando lentamente por las calles, en las que ya se va instalando el silencio. Nos paramos a comprar unos bocadillos en un kiosco callejero, y cuando ya los hemos recogido y nos disponemos a comerlos mientras caminamos, alguien a mi espalda me tira del borde del chaleco. Hago un gesto de rechazo sin volverme a mirar de quién se trata, pero la presión no cede y vuelvo a sentir otro leve tirón. Al girar la cabeza, veo tras de mí a un niño de unos ocho años de edad que me señala con el dedo mientras dice unas palabras que no comprendo. Le pregunto qué quiere y entonces me doy cuenta de que lo que el chico señala con su dedo sucio, tembloroso y acusador es el bocadillo que sujetó en una mano. Me despido del bocadillo y del niño y reanudamos el camino en dirección al cercano hotel Continental, compartiendo en silencio el bocadillo que aún nos queda.

Y es como si de repente una voz invisible nos hubiera recordado quiénes éramos y dónde estábamos, otra pedrada en el estanque que hizo añicos el pulido espejo de sus aguas y me trajo a la memoria una aleja de la sura «La Vaca» del Corán: «Te preguntan cómo deben dar las limosnas. Di: “El bien que hagáis sea para los padres, los parientes, los huérfanos, los menesterosos y para el viajero”. Dios conoce perfectamente el bien que hacéis».⁴ Empecé a pensar que nuestros pasos no se regían por la lógica convencional, sino por la sinrazón de los sueños y la ebriedad del hachís.

Un hombre que se cruza con nosotros caminando rápidamente, que ha visto la escena desde lejos, musita en español «gracias», sin detenerse ni volver la cabeza siquiera, mientras nosotros avistamos ya en la distancia las débiles luces del hotel.

[Suena la Orquesta Andalusí de Tánger]

⁶ Sura “Al-Báqarah”, *Corán*, II, 215. (N. del A.)



José Tapiro y Baró, *El santo varón darcawi de Marrakech* (1895)

٧

Belleza oscura

ليلة

NO estoy seguro de que lo que voy a referir a continuación sucediera alguna vez, y si sucedió, no creo que sucediera en el mundo real. Tampoco sé si fue un sueño, y si lo fue, debió de ser sin duda el sueño tóxico del hachís, aquel en el que la realidad y la ficción confunden sus contornos y fronteras. En fin, tal vez lo mejor será que sea el inconstante lector quien decida hasta dónde llegan los límites de la verdad y saque sus propias conclusiones...

Paradójicamente, aquella noche no soplaban el *chergui*, el viento del sureste que con frecuencia se adueña de Tánger. Sin embargo, «la luna gibosa creciente», que es como los expertos en las ciencias abstrusas que se ocupan de los cuerpos celestes llaman al astro que en aquellos momentos asomaba con insolencia por el patio interior al que daba nuestra malhadada habitación del hotel Continental, anunciando que le quedaban unas pocas horas para estar completamente llena. Era 16 de abril de 1992.

Me acordé de Alí Bey, el Abasida, que entre otras cosas basó su increíble peripécia marroquí, de la que procuraré hablar, siquiera someramente, más adelante, en el uso de sextantes, telescopios y otros instrumentos ópticos poco frecuentes a la sazón en el Magreb. Me acordé también de Said, un camarero *amazigh* del hotel Salam de Xauen, que era capaz de determinar a ojo el momento exacto en que se iniciaba la luna llena, conocimiento fundamental para decretar el comienzo del Ramadán, con un margen de error de apenas unos minutos, como tuve ocasión de comprobar en cierta ocasión, sentados todos dos en un poyete del hotel Asmaa que flota justo sobre el cementerio musulmán que hay en el lugar. Me acordé, por último, de mi madre, cuyo cumpleaños tendría lugar aquel día poco más o menos a la vez que el plenilunio.

En cualquier caso, la luna parecía haberse empeñado en arrebatarme el sueño aquella noche, así que decidí dejar a Isabel durmiendo plácidamente en la habitación y bajar a la terraza del hotel, desierta a aquella hora de la madrugada si exceptuamos la solitaria presencia del vigilante del aparcamiento, que dormitaba en una silla desvencijada a la entrada del hotel. Obviamente, a pesar de mi escasa habilidad en estos menesteres, me hice un cigarrillo de hachís, ¡qué otra cosa podía hacer en tales circunstancias!, y tras pasar un rato envuelto en las densas volutas de humo blanco azulado de la *haxixa*, debí de quedarme dormido, sin duda a causa del potente efecto narcótico del polen que el Houga nos había proporcionado en Xauen.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el campo, caminando desorientado por un sendero irregular de tierra apelmazada, entre olivos y árboles frutales, en dirección a unas casas cercanas sin saber dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí, si exceptuamos unas inquietantes y perturbadoras voces que sonaban en mi cabeza llamándome por mis nombres más secretos. Enseguida llegué a los alrededores de una ermita durmiente en torno a la cual había unas cuantas casas, silenciosas a aquella hora.

Era una noche apacible y apenas soplaban un céfiro cálido y blando. En las cercanías se escuchaba el canto de algunos grillos despistados y el estruendoso silencio de los corderos, cabras y ovejas de las alquerías de los alrededores, durmiendo el sueño de los justos, y también el de las mulas, los asnos y otras caballerías. A lo lejos, se escuchaban los gañidos furiosos de los perros ladrandos a la luna. No se veía a nadie por los alrededores, sin embargo, yo tenía la incómoda sensación de que unos ojos inquisidores e invisibles espiaban todos mis movimientos. Completamente aturdido, tanteando el suelo con los pies y aferrándome al aire con las manos, llegué hasta un pequeño conjunto de edificios de barro pintados de blanco y verde en estado bastante ruinoso que conformaban una U o herradura en torno a un patio cuya entrada estaba presidida por una frondosa morera que saludaba al visitante con una leve inclinación de su follaje. A ambos lados del patio, había una serie de estancias de aspecto desastrado, alguna de ellas ungida por una parra vetusta y desnuda; un poco más allá, una tímida mezquita se mecía soñolienta, iluminada por el inconstante resplandor de la luna y al fondo, presidiéndolo todo, una orgullosa montaña abrigaba con su manto de rocas todo el valle.

Yo proseguí mi caminar vacilante sin saber adónde me dirigía, acuciado por las voces incomprensibles que sonaban en mi cabeza de modo apremiante. Llegué hasta un promontorio de tierra rojiza que asomaba como si fuera un balcón sobre un anchuroso río que parpadeaba silencioso justo debajo de donde yo estaba y bajé por una pendiente que se deslizaba suavemente entre cañaverales hasta llegar a la orilla. Allí, el río formaba un remanso bastante amplio, una laguna, por así llamarla, de aguas apacibles a las que la luna arrancaba reflejos plateados. Justo entonces, los ojos escrutadores e invisibles que había adivinado un rato antes se materializaron frente a mí, brillando en la oscuridad, seguidos por su propietario.

Era un individuo alto y cenceño que se llegó hasta donde yo estaba sin decir palabra alguna. Vestía una *derbala* oscura y andrajosa con la capucha echada sobre los hombros que le daba un turbador aspecto de mendigo desvalido. Tenía los cabellos largos, hirsutos y desordenados y las barbas negras, recrecidas y desaliñadas e iba descalzo, con los pies negruzcos cubiertos del polvo de los caminos. Sus ojos resplandecían en la noche con un fulgor triste. Sin decir palabra alguna, me indicó con la mano que le siguiera y, dándome la espalda, inició el regreso, desandando el camino que bajaba hasta el río. Yo le seguí en silencio y sin rechistar. Al pasar frente al árbol que coronaba la cuesta, un acebuche centenario, el hombre hizo una reverencia, inclinando levemente la cabeza, y continuamos el camino hasta la terraza que se alzaba sobre el río.

El hombre me condujo hasta los desastrados edificios que había visto un rato antes y en su compañía recorrió sus galerías y corredores, desde cuyas ventanas enrejadas pude entrever diversas dependencias. En su mayoría, eran una especie de celdas o dormitorios desnudos, ayunos de cualquier clase de adorno o mobiliario si exceptuamos unas sencillas esteras que había extendidas por el suelo.

Siempre en silencio, seguimos nuestro periplo en torno a los distintos pabellones, incluida la que supuse que sería la vivienda del imam de la mezquita y una cocina en la que se podían ver varias grandes cacerolas dormitando sobre los callados fogones. De repente, el hombre se detuvo, se volvió hacia mí y me miró fijamente. Entonces caí en la cuenta de quién era mi silencioso mentor. Sin duda alguna, se trataba del enigmático guía que apenas un par de días antes había tratado de desvelarnos los secretos de las ruinas de Lixus.

Finalmente, sin ninguna clase de explicaciones, como parecía ser su costumbre, mi anfitrión procedió a vendarme los ojos con un pañuelo de tela y, tomándome de la mano, me condujo a través de un corto dédalo de corredores. Yo le seguí dócilmente, como un cordero que llevan al ara de sacrificio. Se detuvo un momento, sospecho que para hacer sus abluciones, pues me pareció percibir un sordo rumor de agua. Poco después, me soltó la mano, me destapó los ojos y me indicó con un gesto que me descalzara.

Estábamos en un pasillo largo y estrecho de paredes encaladas y suelo recubierto de corcho en el que había dos ventanas y varias pequeñas repisas con velas

encendidas. La galería rodeaba una estancia rectangular no muy grande a la que me condujo mi lazareillo a continuación. El recinto era un mausoleo, una sala en penumbra en uno de cuyos lados se alineaban dos, no sé cómo llamarlos, féretros, tal vez, o catafalcos, situados el uno junto al otro, ante los cuales nos detuvimos, mi acompañante con la cabeza inclinada en señal de respeto, musitando algo entre dientes, una oración, supongo, o un responso, y yo erguido discretamente a su izquierda, en silencio. Los ataúdes se alzaban apenas unos palmos sobre el suelo y estaban cubiertos por unas severas telas de color azur y jade respectivamente, adornadas con dibujos geométricos en tonos oscuros y dorados.

En cuclillas en un rincón detrás de los sepulcros, aparentemente sentado sobre sus propios talones, un hombre enjuto de crecidas barbas grisáceas, cuyo rostro esquivo apenas pude adivinar en la oscuridad, tocado con un turbante blanco y ataviado con una *candora*⁵ de la misma color, rezaba con voz queda, balanceando rítmicamente la cabeza de atrás adelante hasta tocar el pecho con la barbilla. Aquel *wali*⁶ parecía estar recitando el *dhkir*, la monocorde invocación de los noventa y nueve nombres de dios: «*Subhan Allah*»⁷, «*La hawla wa-la quwwala illah billal*»...⁸

No sé cuánto tiempo permanecimos así, cada uno sumido en sus meditaciones, hasta que el rumor de música y cánticos en el exterior puso fin a nuestras reflexiones y nos hizo salir del panteón a todos a la galería de suelo de corcho, incluido el devoto recitador, que al menos por un rato, abandonó su rincón y su inacabable *dhkir*, sin que esta vez nadie se molestara en volver a vendarme los ojos ni nadie se dignara tampoco a devolverme mis zapatos.

Una vez fuera del recinto mortuorio, el panorama que nos encontramos era muy diferente del de hacía un rato. Provenientes del patio, la música y los cánticos arreciaban, se escuchaba el estruendo de tambores y panderos y los cánticos no eran más que unas monótonas cantinelas, unos gritos guturales más próximos al aullido del chacal o a los chillidos de las aves rapaces que al registro de la voz humana, aunque entre ellos, a veces destacaba alguna salmodia monorrítmica en un idioma inaccesible para mí, pero muy reconocible por la exacerbada sucesión de «gues» y los característicos sonidos que quienes lo usaban hacían con la lengua, probablemente se trataba de alguna de las muchas variantes del *tamazight* (ⵜⴰⵎⴰⵣⵉⵖⵜ en *tifinagh*)⁹, el *chelja* o *tarifit*, muy frecuente en el Rif, el *tashelhit* o cualquier otro de los cientos de dialectos bereberes y tuaregs. Del exterior llegaba también un fuerte y dulzón olor a hachís que se colaba hasta la galería de la que ya salíamos para encontrarnos con un espectáculo extravagante.

En el patio rectangular en torno al cual se agrupaban los edificios y dependencias que acababa de visitar, se apiñaban una treintena de figuras oscuras, tal vez más, que

⁷ Túnica de manga larga.

⁸ En la tradición popular, santo, amigo de Dios.

⁹ Gloria a Alá”.

¹⁰ “No hay poder y fuerza más que en Alá”.

¹¹ Alfabeto consonántico que se usa para transcribir diversas lenguas bereberes.

danzaban como posesas formando un círculo en torno a una enorme pipa de kif provista de una larguísima boquilla de madera de brezo que ocupaba un lugar preeminente en el centro del patio. La pipa se alimentaba de kif y hachís a cuya mezcla añadían nuevas aportaciones cada uno de los participantes en la ceremonia en función de las necesidades. Todos los presentes se pasaban de mano en mano (o de boca en boca) la gran «cachimba comunal», en la que se quemaban de modo incesante cantidades ingentes de *haxixa* y *kifi* que despedían una espesa humareda que se expandía por el entorno, intoxicando a personas, animales e incluso plantas con su potente aroma. La práctica totalidad de los bailarines (todas aquellas figuras eran masculinas), estaban descalzos y vestían *derbalas* mugrientas y muchos de ellos llevaban también *kufiyas* o *shemags*, pañuelos tradicionales anudados en la cabeza al estilo bereber. La mayoría lucían también barbas y cabellos largos y tañían sus tambores y *tbilats*¹⁰ de modo atronador.

Los participantes en la ceremonia danzaban al estilo de los derviches giróvagos de Turquía y otros países islámicos, rotando sobre sí mismos de modo incansable, con los ojos en blanco, el tronco descoyuntado y los brazos moviéndose por su cuenta, como queriendo agarrarse al aire para tratar de abandonar el cuerpo y evaporarse en la inmensidad de la noche. En el profundo éxtasis, en el absoluto delirio, en el severo trance en que estaban sumidos la mayoría de los cofrades, pues sin duda eran fieles devotos de alguna secta o congregación religiosa, muchos de ellos caían al suelo desmayados por el poder de la droga y del extravío en que estaban atrapados.

Pero no todos los presentes participaban en el «extraño rito» o si lo hacían era de un modo bien distinto al de los anteriores. Algunos de ellos vestían chilabas y albornoces de rayas y se mantenían a una prudente distancia del resto, otros fumaban en largos *sebsis* una bronca mezcla de kif y harina de cebada, como si el vapor del fuego sagrado que ardía en el centro del patio no fuera suficiente para incendiar sus corazones.

Toda la liturgia parecía estar dirigida por el hombre que habíamos visto en el mausoleo, que se había puesto al mando nada más salir al corralito y se mantenía erguido no muy lejos del círculo de danzantes. Exhibía un gesto adusto y severo y sostenía en las manos unas gruesas llaves de hierro, aparentes símbolos del poder y la autoridad que ejercía sobre los demás participantes en el ritual. Aquel hombre era, sin duda, el *mokadem*¹¹ de aquella extraña hermandad.

Yo no pude sustraerme a lo que estaba pasando a mi alrededor y, sin saber muy bien cómo, pronto me uní al círculo de fumadores y empecé a inhalar grandes bocanadas cada vez que la cachimba caía en mis manos y enseguida empecé a sentirme también embriagado y enajenado por los efluvios del humo de hachís que estaba aspirando en grandes cantidades, de modo que entre la ebriedad de la droga y la confusión y aturdimiento en los que estaba sumido, no soy capaz de recordar con

¹²¹⁰ Instrumento de percusión marroquí compuesto de dos tambores pequeños unidos. (N: del A.)
¹³¹¹ Principal responsable de una cofradía sufí en los países del Magreb.

claridad muchos de los detalles de la intensa experiencia en la que estaba sumergido. Lo que sí recuerdo es que me puse a escrutar detenidamente los rostros de toda aquella gente, aquellos gestos ausentes, aquellos ceños fruncidos, aquellas sonrisas tristes, aquellos ojos entrecerrados, casi guiñados, y somnolientos, con las pupilas dilatadas características de los asesinos,¹² que en lugar de mirar al exterior parecían buscar dentro de sí mismos. Era como si los hubiera visto antes, casi como si los conociera de toda la vida. Y fue precisamente entonces cuando caí en la cuenta de dónde estaba y comprendí lo que estaba pasando. Fue como si una luz del cielo me cegara y me derribara del caballo y una voz sobrenatural e incomprendible me hablara desde el más allá.¹³

Y es que aquellos rostros..., claro que conocía aquellos rostros, los había visto una y mil veces en mi adolescencia, pero no en persona, sino en fotografía, en las ajadas fotografías en blanco y negro de un libro que había hojeado infinitas veces en la biblioteca de mi padre en Madrid, un curioso librito de poco más de cien páginas ilustrado con numerosas imágenes, titulado *Los heddaua¹⁴ de Beni Arós y su extraño rito*, escrito por Ramón Touceda Fontenla,¹⁵ un capitán de caballería de la época del protectorado español destinado a la sazón, 1955, en Larache. Un libro, en fin, que tenía en la portada una larga y emotiva dedicatoria autografiada en tinta negra por el propio autor, manuscrita en diagonal ascendente y sobrescrita en diagonal descendente sobre las líneas iniciales, según era costumbre en la época. Una dedicatoria dirigida a mi propio padre, que en 1955, precisamente el año en que yo nací, también era capitán y estaba destinado en Marruecos como interventor militar, no sabría precisar muy bien si en Xauen, Axdir, Izmoren o Tabarrán, pues en todos esos sitios y aún en algunos otros estuvo destinado, aunque a estas alturas me inclino a pensar que fue en esta última aldea, Tabarrán, donde las noches eran tan tórridas en aquellos remotos días que mi madre se vio obligada a amenazar con romper su matrimonio y se fue a dar a luz a Melilla, pues aparte de que allí había un hospital en condiciones, la temperatura era mucho más soportable, en buena medida gracias al beneficioso influjo del mar. Un bendito libro que, por cierto, hace muchos años que desapareció de su rinconcito en las estanterías de nuestra casa sin que hasta la fecha se sepa quién se lo llevó ni cuándo tuvo lugar la enigmática desaparición.

Así pues, ya sabía dónde estaba aquella noche entre las noches, que no era sino en la zaguía¹⁶ de Sidi Heddi en Beni Arós de la que se hablaba en el libro desaparecido. Y también sabía muy bien en qué consistía el rito que se estaba celebrando allí, la

¹⁴ Asesinos: *hachichins*, consumidores de hachís.

¹⁵ Alusión a la conversión de san Pablo según se narra en los *Hechos de los apóstoles*: «Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»⁵ (Hch. 22.6-16; 26.12-18).

¹⁶ *Heddaua*: Miembro de una secta sufí de Marruecos fundada en el siglo XVIII, hoy día prácticamente desaparecida.

¹⁷ *Los heddaua de Beni Arós y su extraño rito*, Ramón Touceda Fontenla, Editora Marroquí, Tetuán (1955).

¹⁸ En el Magreb, mausoleo donde se venera a un santo, particularmente entre las órdenes sufíes.

comunión espiritual con dios por medio del cannabis, el ritual de la *lila*, término que significa belleza oscura o belleza nocturna, íntimamente emparentado con «*layla*» (ليلة), noche, vocablo muy conocido entre nosotros, sobre todo por una colección de relatos: *Alf Layla wa-Layla* (ألف ليلة وليلة): *Las mil noches y una noche*, más conocida en occidente, casi, que en el mundo árabe, donde se prefiere la vieja historia popular de «*Layla y Majnun*», una historia de amor, claro. Y sabía también quién era el personaje que dirigía la ceremonia, pues su borroso retrato aparecía repetidas veces en el libro perdido. Y aquel hombre de mediana edad (frisaba la cuarentena) y aspecto severo no era otro que el *mokadem* Muley Ahmed El Meslohi, que dirigía con mano firme la zaguía cuando Ramón Touceda fue a documentarse sobre lo que allí sucedía, tras sustituir en el cargo a su longevo predecesor, Sidi Yilali El Joltl El Buhari, que había muerto a los cien años de edad más de una década antes, tras ocupar el puesto durante cuarenta y cuatro años.

Lo que yo no sabía entonces ni aspiro a saber nunca es en qué momento estaban sucediendo los hechos, imaginarios o no, que vengo narrando, ¿en el año en que Touceda visitó la zaguía, que, como tengo dicho, era el mismo en el que yo nací? Ni mucho menos aspiro a saber qué tortuosos caminos del aire, qué desconocidos desvanes del tiempo, qué misteriosas conjunciones astrales permitían que tuviera lugar todo aquello que estaba viviendo.

[Suena la voz del muecín Gharby Mustafa recitando la *Fatiha*¹⁷]

¹⁹ *Al-Fatiha*, «la que abre», primera sura del *Corán*.



Anónimo, *Fumador de kif*. Imagen de marca de un medicamento a base de cannabis registrado en el Registro de la Propiedad Industrial de Madrid en 1903. Tomado de Albert Aravat, *Kify orientalismo*

V

Kif

BENI Arós, ΘΙΞ ḤQ:O en caligrafía bereber, la tierra de «los hijos de Arós», topónimo emparentado con el de la localidad española de Vinaroz, es una comuna rural marroquí compuesta por varios centenares de caseríos y aduares diseminados por un valle de treinta o cuarenta mil hectáreas, perteneciente a la antigua región del Yebala, actual provincia de Larache, situada a ochenta y dos kilómetros de distancia de esta ciudad, capital de la provincia, y a ciento seis de Tánger, resguardada bajo la falda del *djebel*¹⁸ Alam, una montaña de más de mil trescientos metros de altitud en las estribaciones del Rif. La comuna se despliega en torno a la carretera que sube desde Larache hasta el santuario de Muley Abdesalam: Abd al-Salam bin Mishish, un morabito agazapado en lo alto del monte, donde se celebra anualmente un concurrido *moussem*¹⁹ muy popular en el norte de Marruecos.

Dos kilómetros antes de Souk el Jemis de Beni Arós, nombre que hace referencia al zoco de los jueves que todavía se celebra actualmente, duerme su sueño de décadas la zagüía que alberga el mausoleo del santón suffi Sidi Heddi, precisamente el santuario al que mis erráticos pasos me llevaron la noche sagrada de la que vengo hablando desde hace unas cuantas páginas, erguido en un altozano en la margen derecha del río Mejazen, uno de los afluentes del Lucus y escenario de la histórica batalla de los Tres Reyes, también conocida como batalla de Alcazarquivir, librada por marroquíes y

²⁰ Montaña.

²¹ Romería.

portugueses en el siglo XVI, batalla en la que perecieron los tres monarcas que le dan nombre.

Sidi Heddi es uno de los muchos santones a los que se rinde culto en el Magreb, un maestro sufí nacido a mediados del siglo XVIII en Aoufous, una pequeña localidad al este de Marruecos, en la provincia de Errachidía, cerca de la frontera con Argelia, al sur del Atlas y a la entrada del desierto del Sáhara. Fue un anacoreta, un marabuto, un místico que predicaba la castidad, la humildad, la renuncia a los placeres terrenales y el desapego de los bienes materiales, y para difundir sus enseñanzas acabó fundando la zaguía de Beni Arós y la hermandad de los *heddaua*, también conocidos como *buhalas*, una orden mendicante y errante cuyos integrantes, siguiendo el ejemplo de su maestro, practicaban el celibato, no se afeitaban la barba ni se cortaban el cabello, iban descalzos, vestían *derbalas* harapientas y recorrían los zocos de los alrededores y también las cabilas y territorios de los Gomara, entre Oued Laou, Xauen y Ketama, aunque peregrinaban por todo Marruecos e incluso Argelia, portando banderolas y bastones terminados en punta, tañendo tambores y pidiendo limosna para el sostenimiento de la zaguía.

En lo que se refiere a su forma de alimentación, comían casi exclusivamente carne y apenas probaban las verduras, una curiosidad y en cierto modo una nota discordante con el resto de sus hábitos. Pero tal vez la más peculiar de todas sus costumbres y lo que les hizo conocidos en todo el Magreb era su uso del cannabis, que empleaban para alcanzar el éxtasis, entrar en trance y propiciar la unión con dios. Este uso ceremonial de la *yerba* no solo era visto con buenos ojos, sino incluso recomendado por las autoridades del protectorado español, según se expresa explícitamente en una conocida carta remitida por el Interventor General de Larache al Delegado de Asuntos Indígenas de Tetuán en 1934.²⁰ A este respecto, una creencia popular muy extendida, pero a todas luces falsa, atribuye a Sidi Heddi el mérito de haber sido el primero en traer semillas de cannabis a Marruecos de uno de sus viajes por Asia, lo que le granjeó el título oficioso de santo patrón y protector de los consumidores de hachís. Lo que en cambio sí parece documentado es que en un principio Sidi Heddi rechazaba el uso del kif con fines religiosos como propugnaban Sidi Wanis y otros sufíes, hasta que en cierta ocasión este último le salió al encuentro y le conminó a fumar la yerba de su propia *arguila*. Tras esta primera experiencia, el santón cambió completamente su punto de vista sobre el kif. Según referían sus fieles devotos, «con la primera calada, Sidi Heddi olvidó todo lo que alguna vez supo... Con la tercera, fue transportado hasta una altura que hasta entonces nunca antes había creído poder alcanzar. Después de esto, Sidi Heddi renunció al mundo y decidió seguir el verdadero camino». Una de las máximas de este peculiar guía espiritual que se conservan es: «El kif es como el fuego:

²² «(...) creo conveniente, salvo siempre el mejor parecer de V.S.I., se tolere esta práctica de los Hed-dauas y puedan traer el kif que necesitan para la zauía con la garantía expresada por el Mokadem de la Zauía, persona de reconocida solvencia y ascendiente en la Kabila, de que este kif es exclusivamente para uso personal de sus servidores y nunca para comerciar, con él.» Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, documento AGA-12695.3.11.

un poco calienta el corazón, pero demasiado quema el alma». Los miembros de la orden de los *heddaua* custodiaron como un tesoro durante muchos años una *dwaya*, una pipa que aseguraban que perteneció al fundador de la cofradía, una gran pipa de un tipo casi desconocido en Marruecos, que tenía una embocadura de madera de casi dos metros de longitud y una cazoleta de arcilla capaz de albergar hasta medio kilo de kif, de la cual fumaron los derviches en sus ceremonias durante décadas. Una pipa que debía de ser, sin duda, la que yo acababa de ver y fumar en mi paseo espiritual por la zaguía de Beni Arós.

Sobre este héroe de los pobres y «Sultán de los Mendigos», otro de sus títulos más que merecidos, circularon en su época numerosas leyendas y habladurías. Se decía que podía hacer milagros y curar toda clase de dolencias por medio de la fe, incluidas las enfermedades mentales, y que podía despertar la fertilidad en las mujeres estériles. También se le atribuía la capacidad de dominar las fuerzas oscuras, adivinar el pensamiento, predecir el futuro y provocar la lluvia, entre otras habilidades. En resumidas cuentas, como tantos otros hombres considerados santos, tenía *baraka*, la gracia divina que le permitía otorgar toda clase de dones y obrar toda suerte de prodigios.

En cuanto a cuándo, cómo y por qué se erigió el morabito en su actual emplazamiento, solo disponemos de unos cuantos cuentos de vieja, modelados por la imaginación popular y la mala memoria. Se cree que cuando Sidi Heddi llegó al valle de Beni Arós venía solo con lo puesto y su inquebrantable fe sufí, a la que pronto se adhirieron numerosos discípulos. Dormía al raso, bajo el acebuche sagrado que todavía se yergue en lo alto del camino que baja al río Mejazen y ya practicaba muchas de las reglas ascéticas que pronto inculcó a sus seguidores.

A comienzos del siglo XIX, en 1805 según algunas fuentes, Sidi Heddi se marchó para siempre, no diré que murió, pues algunos creen que aún está entre nosotros. En todo caso, su cuerpo está enterrado en el mausoleo de Beni Arós en una tumba junto a la de su amigo y discípulo Sidi Muley Jaib Er-Reddan, un bandolero y salteador de caminos que asolaba las tierras del País Yebala y robaba vidas y haciendas, hasta que un día abandonó todo para seguir a Sidi Heddi y se convirtió en su confidente y amigo inseparable durante los últimos años de su vida.

Parece que la edificación de la zaguía es muy posterior a la «desaparición» de Sidi Heddi, que fue creciendo en torno al mausoleo del maestro y su amigo Er-Reddan y que mantuvo una actividad incesante durante más de un siglo, hasta llegar al día de hoy que es poco más que una atracción turística, pero muchas de las leyendas que circularon en torno a Sidi Heddi aún perduran. Muchos creen que bajo una losa que hay a la entrada del mausoleo se oculta un tesoro y en las épocas de mayor abandono y decadencia de la zaguía algunos se atrevieron a excavar allí furtivamente en su busca. Otros aseguran que un poco más abajo, en el lecho del río Mejazen, se esconde el tesoro de las Siete Llaves del Mundo, que nadie ha sido capaz de encontrar y que el propio Sidi Heddi arrebató a otros siete santos varones y ocultó allí.

En su época de esplendor, había censados en la cofradía más de un centenar de *buhalas* que realizaban toda clase de tareas. Aparte de una mezquita, en torno al edificio principal surgieron varios huertos, un molino de aceite capaz de abastecer a toda la comarca, una cocina y unos hornos donde se amasaba pan, casi todo lo cual lo había visto yo en mi errático peregrinaje astral por el santuario. Dejando a un lado la veneración al santo y al gato como símbolo místico (otra de las curiosas creencias de esta secta), la zaguía desempeñó una gran labor social. En los tiempos difíciles, a todo el que se acercaba por allí se le daba alojamiento y un plato de cuscús durante tres noches, que se podían prorrogar en caso de necesidad, eso sí, reservando el primer plato de cada día para alimento de los barbos, anguilas, carpas y otros peces «sagrados» del río, sin desdeñar a ranas, tortugas y otra fauna de agua dulce, comida que solía administrar el propio *mokadem* en persona. Había días en los que se repartían hasta doscientas escudillas de cuscús. Aparte de esto, la de Sidi Heddi, al igual que otras hermandades y cofradías sufíes, desarrollaron una intensa actividad de oposición política no solo a la colonización y el Protectorado, sino también contra el sultanato, por lo que durante mucho tiempo estuvieron bajo sospecha.

En lo estrictamente religioso, la situación no era mucho mejor, el sufismo se aleja bastante de la estricta ortodoxia del islam, Siddi Heddi prohibía la enseñanza del *Corán* y el culto al *kif* no ayudaba a mejorar las cosas. Según algunas interpretaciones, el Libro no solo prohíbe el vino, sino toda forma de embriaguez. Pero el tiempo ayuda a curar todas las heridas, también las de la fe, y hoy en día la figura de Siddi Heddi es venerada y respetada, como la de tantos otros santos marroquíes. Otra actividad señalada del culto de los *buhalas* era la *ziara*, que tenía lugar tres veces al año: la salida a mendigar por aldeas y zocos, donde se les recibía con una mezcla de afecto y temor reverencial, pues no pocos les consideraban unos locos heréticos capaces de echar el mal de ojo y otros daños. En estas expediciones, los *heddaua* no solo recaudaban dinero sino también hachís y otras mercaderías que después iban a entregar en la *eddáhala*, el regreso triunfal a la zaguía.

Volviendo a la noche de mi epifanía, aún estaba en plena *lila*,²¹ la celebración nocturna del cannabis, cuando el excesivo contacto con la droga no tardó en causarme un efecto demoledor y caí fulminado al suelo, a la vez que la aurora, que ya asomaba por encima de las tapias del mausoleo, me abofeteaba el rostro. Fue como si una luz del cielo me cegara y me derribara del caballo y una voz sobrenatural me hablara desde el más allá, pero esta vez sí que pude entender con absoluta nitidez lo que decía: «Ahora tú también eres uno de mis *buhalas*», eso fue exactamente lo que dijo. Después, debí de quedarme dormido y de ese sueño, si es que fue un sueño, todavía no he despertado. Mis raídos zapatos no aparecieron nunca y hasta ahora no me he atrevido a preguntarle a Coleridge qué fue de ellos...

^{23²¹} *Lila*, ليلة, belleza oscura o belleza nocturna. Hace referencia a la ceremonia nocturna de exaltación del hachís entre los *heddaua*. (N. del A.)

No estoy seguro de que lo que acabo de referir sucediera alguna vez, y si sucedió, no creo que sucediera en el mundo real. Tampoco sé si fue un sueño, y si lo fue, debió de ser sin duda el sueño tóxico del hachís, aquel en el que la realidad y la ficción confunden sus confines y fronteras. En fin, tal vez lo mejor será que sea el inconstante lector quien decida hasta dónde llegan los límites de la verdad y saque sus propias conclusiones.

[Suena Brian Jones Presents *The Pipes of Pan at Jajouka*]





Gran Café Central

Λ

La ciudad más hermosa que se pueda encontrar

ASÍ que aquí estamos de nuevo, en Tánger, la vieja Tingis, la más bella ciudad del mundo conocido, la ciudad del viento, de las cuevas de Hércules, el cabo Espartel y el cabo Malabata, del Souk Sghir y el Souk Kbir, de los jardines de la Mendubia, el boulevard Pasteur y la Terrasse des Paresseux, la ciudad que alberga el esqueleto del Cine Alcázar, el erguido cadáver del Gran Teatro Cervantes, aún propiedad del Estado español, los despojos del Hospital Español y la tumba de Ibn Battuta, «el Tangerino», el más grande viajero que hubo jamás,¹ el autor de la célebre *rihla A través del islam (Regalo de curiosos sobre peregrinas cosas de ciudades y viajes maravillosos)*, una tumba situada junto a una fuente y señalada por una modesta placa en francés:

«*Muhammad ben Abdullah ben Muhammad de Tanger, connu sous le nom d'Ibn Battuta, né à Tanger le 24 février 1304. En 1325, à l'âge de 21 ans, il décide d'accomplir le pèlerinage et d'approfondir ses connaissances en droit musulman dans le monde, voyageant au Maghreb, Égypte, Soudan, Syrie, Hijaz, Irak, Perse, Yémen, Oman, Bahreïn, Turkestan, jusqu'en Inde, puis en Chine et en Indonésie, et retournant via l'Afrique*

²⁴ Battuta emprendió el viaje que refiere en su *rihla* «solo, sin compañero con cuya amistad solazarme ni caravana a la que adherirme», a los 22 años de edad y lo concluyó veintinueve años después, tras recorrer más de ciento veinte mil kilómetros.

centrale. Rentré au service du sultan Abû Anan, il revient au Maroc, concluant un périple de près de trente ans. Il dicte son récit à Muhammad ben Juzay Al-Kâbli, qui le compile dans l'ouvrage célèbre de ses voyages. Mort en...»

La placa no aventura una fecha de fallecimiento del mítico explorador, aunque comúnmente se acepta que murió en Fez en algún momento entre 1368 y 1377. El panteón está en un callejón sin salida estrecho y empinado que casi nadie conoce y casi nadie visita, a pesar de que una mano piadosa ha pintado un laberinto de flechas rojas en los alrededores para guiar al peregrino hasta el mausoleo, cuyo interior de paredes pintadas de añil² se puede visitar si se tiene la fortuna de encontrar al guardián custodio de las llaves.

Tánger, la ciudad donde Domingo Badía, Alí Bey el Abasida, «mui flaco y amarillo», se convirtió en espía, determinó con precisión milimétrica el comienzo del Ramadán cuando las condiciones meteorológicas no eran favorables, con ayuda de sus artefactos ópticos, e inició la aventura delirante e imposible de, con no sé si tres mil reales y apenas un puñado de hombres, conquistar el Imperio de Marruecos, Tombuctú y hasta el África toda; la ciudad que amó Paul Bowles y odiaron Samuel Pepys (que garabateaba en su diario, sentado bajo una higuera en la kasbah) y Mark Twain; la ciudad donde Jane Auer, la mujer de Paul Bowles, era envenenada lenta y metódicamente con pócimas por sus confidentes y amantes marroquíes, Cherifa y Tetum, con el decidido propósito de sacarle todo el dinero que pudieran; la ciudad donde la «memloca»³ Juanita Narboni hablaba sola en jaquetía y buscaba desesperadamente en la oscuridad las alhajas de su madre muerta, mientras unos guantes negros y vacíos trataban de estrangularla; la ciudad maldita donde Mohamed Chukri dejaba que los decrepitos turistas pederastas le hicieran felaciones por cincuenta pesetas y donde el escritor rifeño vio cómo su padre mataba a uno de sus hermanos retorciéndole el cuello... Una ciudad envuelta en las brumas del tiempo donde es fácil perder el sentido de la realidad, pues en cada calle y en cada esquina se mezclan el presente y el pasado.

Tánger, la ciudad de los hoteles: el Continental, el Minzah, el predilecto de Paul y Jane Bowles, favorito también de Rita Hayworth y Rock Hudson, el Ville de France, donde se alojaban Gertrude Stein y Alice B. Toklas y desde cuya habitación 35, en el segundo piso, Matisse pintó su celebrado *Paysage vu d'une fenêtre*, el Fuentes, el Rembrandt, el hotel El Muniria, donde el infame William Burroughs, que venía de matar a su segunda mujer, Joan Vollmer, de un tiro en la frente con una Star 380 en un motel de México jugando a Guillermo Tell y se paseaba por la medina con una pistola en el bolsillo, terminó de redactar *"Naked Lunch"* y en cuya planta baja anidaba el Tanger Inn, un bar donde no era difícil toparse con Jack Kerouac o Allen Ginsberg.

25² En la fecha en que se escribió el relato (1992), el interior del mausoleo estaba, efectivamente, pintado de azul, aunque posteriormente, hacia 2018-2019, este color fue sustituido por el blanco.

26³ «Esclava» en jaquetía.

La ciudad de los cafés: el Baba, el Dalia, el Tingis, el Central, en el Zoco Chico, donde el omnipresente William Burroughs iba a buscar chaperos y Tennessee Williams escribía *Camino Real*, el Gran Café de Paris, frecuentado por Francis Bacon y Truman Capote, el ya mencionado café Hafa, en cuyas paredes cuelgan las fotos, a veces dedicadas, de algunos de sus ilustres visitantes, entre ellos los Rolling Stones.

La ciudad de los bares: el Windmill, donde aún flota la presencia de Joe Orton, el Atlas, el Immemorial Dean's Bar 1937, el Bar de Dean, en la rue de la Liberté, la misma calle que el hotel Minzah, un bar que en tiempos fue un auténtico nido de espías, empezando por su propio dueño, Joseph Dean, un lugar al que Ian Fleming, además de a urdir enrevesadas novelas de espionaje, iba a beber cócteles y escuchar jazz y por el que en una u otra época pasaron Samuel Beckett, Errol Flynn, Ava Gardner y tantos otros. El bar de Dean fue el lugar que inspiró el Rick's Café Américain de *Casablanca*, mérito que otros atribuyen al Caid's Bar. La ciudad del restaurante Le Claridge y el café de Madame Porte, de *boîtes*, discotecas y clubs como el Parade, el Negresco, donde Mohamed Chukri y Jean Genet tomaban copas y maldecían sus destinos respectivos, el Koutoubia, el Morocco Palace, La Mar Chica...

La ciudad del día de silencio de Tahar Ben Jelloun, de las grandes mansiones, como la casa museo de Malcolm Forbes en el Marshan, del palacete de Barbara Hutton en la kasbah y de Villa Aidonia: «el lugar de los ruixeñores»: el palacio Perdicaris, escenario del más sonado secuestro de El Raisuni, en el barrio de Rmilat, un jardín de eucaliptos reducido hoy día a la triste condición de rincón predilecto de las familias acomodadas para celebrar sus *picnics*. La ciudad de Rimsky-Korsakov, que compuso aquí *Scherezade*, de Edith Wharton, de Alejandro Dumas, de Edmundo de Amicis, de Pierre Loti, de Djuna Barnes, de Timothy Leary, de los Beatles, de Ángel Vázquez, el trasunto de Juanita Narboni, ¿o era al revés?, de Juan Goytisolo, que a veces se escapaba hasta aquí desde su guarida en Marrakech, de Gore Vidal...

La ciudad de la Librairie des Colonnes, en el boulevard Pasteur, donde Patricia Highsmith, que se alojaba en casa de Paul Bowles, se refugiaba y dejaba pasar las horas con tal de evitar la presencia de su anfitrión, que se le hacía apenas soportable. La ciudad de los diecinueve consulados y los cincuenta y seis bancos y agencias de cambio, la ciudad, en fin, de las trece mezquitas, las quince sinagogas, las seis iglesias católicas y las tres capillas protestantes.

[Suena Masnawa]



Jamsa

¶

Ojos de mujer

El penúltimo día de nuestra estancia en el Magreb, 18 de abril de 1992, Sábado Santo al otro lado del islam, salimos a dar una larga caminata por la medina, con poco dinero en el bolsillo y el exiguo equipaje ya preparado para el día siguiente, dejando el coche a buen recaudo en el hotel. Tánger fue cerrándose sobre sí misma según se agotaba el día y las primeras luces eléctricas iluminaban el atardecer. En el puerto, sestean los ferris, esperando su turno para hacerse a la mar en busca de Algeciras, Tarifa, Málaga y otros puertos de España, Francia e Italia.

Bajando por la calle Dar Baroud, alcanzamos enseguida el arquito por el que se accede al puerto, lugar en el que se suele apostar una mendiga anciana y ciega a implorar la piedad de los viandantes. En los tres o cuatro días que llevábamos en Tánger, habíamos adquirido la costumbre de guardar un par de monedas en el bolsillo por si nos topábamos con la infeliz mujer, que siempre nos lo agradecía con un leve susurro en árabe. Hoy estaba allí también, de pie junto a unos escalones. Muy cerca de ella, casi a su lado, había otra pobre mujer, sentada en el suelo, que alzaba la mano al paso de los transeúntes, reclamando su misericordia. Isabel, que caminaba dos pasos por delante de mí, se conmovió al ver a la desdichada mujer, arrojó a su regazo unas monedas y prosiguió caminando hasta donde se encontraba la ciega para hacer lo propio, pero no encontró más dinero, no llevaba nada más encima. Yo me detuve a su altura y aunque busqué y rebusqué en los bolsillos, tampoco pude encontrar dinero alguno. No teníamos ni un dirhem, y el poco dinero español que nos quedaba estaba durmiendo en el hotel. Entonces, la insistente musiquilla de la alegra

215 de la sura “Al-Báqarah” comenzó a sonar de nuevo en mi cabeza: «Te preguntan cómo deben dar las limosnas. Di: “El bien que hagáis sea para los padres, los parientes, los huérfanos, los menesterosos y para el viajero”. Dios conoce perfectamente el bien que hacéis».

Por un instante, compusimos una curiosa estampa bajo la luz confusa del crepúsculo, Isabel y yo registrándonos los bolsillos, la pordiosera, que seguía extendiendo la mano hacia los transeúntes, y la ciega, alzada majestuosamente, con el rostro vuelto hacia nosotros, oteando la nada desde el horror de sus cuencas vacías. Finalmente, no pudimos hallar nada, de modo que ya íbamos a marcharnos cuando la invidente volvió de nuevo la cara y se dirigió a nosotros en nuestro propio idioma. En realidad, más que a nosotros, a quien hacía destinataria de sus palabras era a Isabel.

- No importa —dijo, como si pudiera ver lo que pasaba a su alrededor; y señalando a su izquierda con su mano desnuda tatuada con *henna*, añadió—, ella lo necesita tanto como yo. Os doy las gracias y ruego a Alá que os proteja y que la mano de Fátima que llevas sobre el pecho os libre de todo mal.

Volví la vista a Isabel y, efectivamente, pude ver, colgada de su cuello, una pequeña mano de Fátima de oro que habíamos comprado en Xauen y que brillaba al sol, devolviendo los rojizos destellos del poniente.

Y es que la mano de Fátima, una mano simétrica con un ojo inscrito en la palma, que adorna cuellos y muñecas y protege puertas en todo el Oriente, es un popular amuleto contra el mal de ojo al que muchos llaman el *Jamsa*, en alusión al número cinco, cifra cabalística entre los musulmanes, pues cinco son los pilares del islam (*la Shahada, el Salat, el Zakat, el Swan y el Hajj*: la profesión de fe, la oración, la limosna, el ayuno y la peregrinación a La Meca) y cinco son también las oraciones que hay que rezar a lo largo del día (*El Fajr, la oración del alba; Al Duhr, la del mediodía; El Asr, la oración de la tarde; Al-Maghrib, la del ocaso, y Al Isha, la oración de la noche*).

La mano es un símbolo empleado por igual entre musulmanes y judíos (que la suelen denominar mano de Míriam, en alusión a la hermana mayor de Moisés, la profetisa Míriam, castigada con la lepra por cuestionar la elección de Moisés para guiar al pueblo hebreo y luego perdonada por la intercesión del propio Moisés ante dios); un símbolo compartido por árabes y bereberes, muy extendido también por Turquía y amplias regiones de Asia, que se remonta, como mínimo, a los cartagineses; un símbolo, en fin, cuyo origen algunos atribuyen al culto a la diosa Tanit, la deidad cartaginesa de la fertilidad y de la Luna, la diosa madre, reina del Cielo y señora de la Tierra, la cortesana de los dioses, protectora de las prostitutas y del adulterio, la diosa del amor y los placeres carnales, de la belleza y de la vida, esposa del dios Baal y patrona de Cartago, a cuya figura desnuda, solo vestida con un cinturón y cabalgando de pie sobre un león, los devotos sacrificaban animales e incluso niños; una deidad con mil rostros y nombres: la Astarté de los fenicios; la Innana de los sumerios; la Ishtar de los babilonios; la Anahit de los armenios; la Astaroth de los hebreos; la misteriosa Asherah, incluso, esposa del mismísimo Yahveh, de quien se han encontrado textos,

amuletos, estatuillas y vasijas en Siria y de quien *El libro de los reyes* afirma que se le rendía culto en el templo de Salomón en Jerusalén, donde había una estatua suya, erigida por el rey Manasés, o un poste, finalmente derribado por el rey Ezequías, que representaba el árbol de la vida de Asherah, consorte divina que el *Deuteronomio* denuncia y a quien tal vez se refiera cuando menciona a la reina del Cielo⁴, esposa del propio Jehovah, ya se ha dicho, denostada también por los profetas Isaías y Miqueas en sus libros, pues su adoración idólatra alejaba a los creyentes del dios único y verdadero (y masculino) y que, según ciertos autores fue expurgada de *La Biblia* precisamente por eso.

Era, además, la Isis de los egipcios, la Afrodita de los griegos, la Venus de los romanos, la Esther, en fin, de *La Biblia*; la diosa de Ibiza, deidad también entre los *amazigh*, cuyo culto estaba muy extendido por todo el Mediterráneo, aunque la mayor parte de los exégetas retrotraen el uso de la mano a una tradición relativa a quien le da su nombre más conocido, Fátima az-Zahra, hija de Mahoma, de quien cuenta la leyenda que metió la mano en una olla de agua hirviendo sin darse cuenta siquiera, pues su marido, Ali ibn Abi Talib, había traído una concubina a casa y Fátima era incapaz de sentir otro dolor que no fuera el de su corazón. Sea como fuere, el Jamsa está emparentado con la mano de dios y es un símbolo conocido también en las culturas occidentales, cuyo uso se remonta al Neolítico y llega hasta nuestros días y que a lo largo de la historia ha conocido numerosas variantes y nombres, especialmente entre las tradiciones esotéricas: Mano Hindú, Mano Judía, Mano Árabe, Mano Turca, Ojo de Horus, Nazar u Ojo Turco...

Asombrado por el hecho de que la ciega pudiera haber visto cómo Isabel repartía sus limosnas y conocer qué clase de joya colgaba de su cuello, miré de nuevo a la desdichada mujer, pero esta había dejado ya de prestarnos atención y ahora había vuelto el rostro al frente, en dirección a la puerta de Bab Marsa.

Más tarde, cambiamos algo de dinero en la recepción del hotel y reservé unas monedas para ponerlas a salvo de guardacoches, camareros y toda suerte de cazadores de propinas, para dárselas a la ciega de la medina; mas, desafortunadamente, cuando volvimos a pasar por el arquito donde suele ponerse a pedir limosna, ya no quedaba ni rastro de ella.

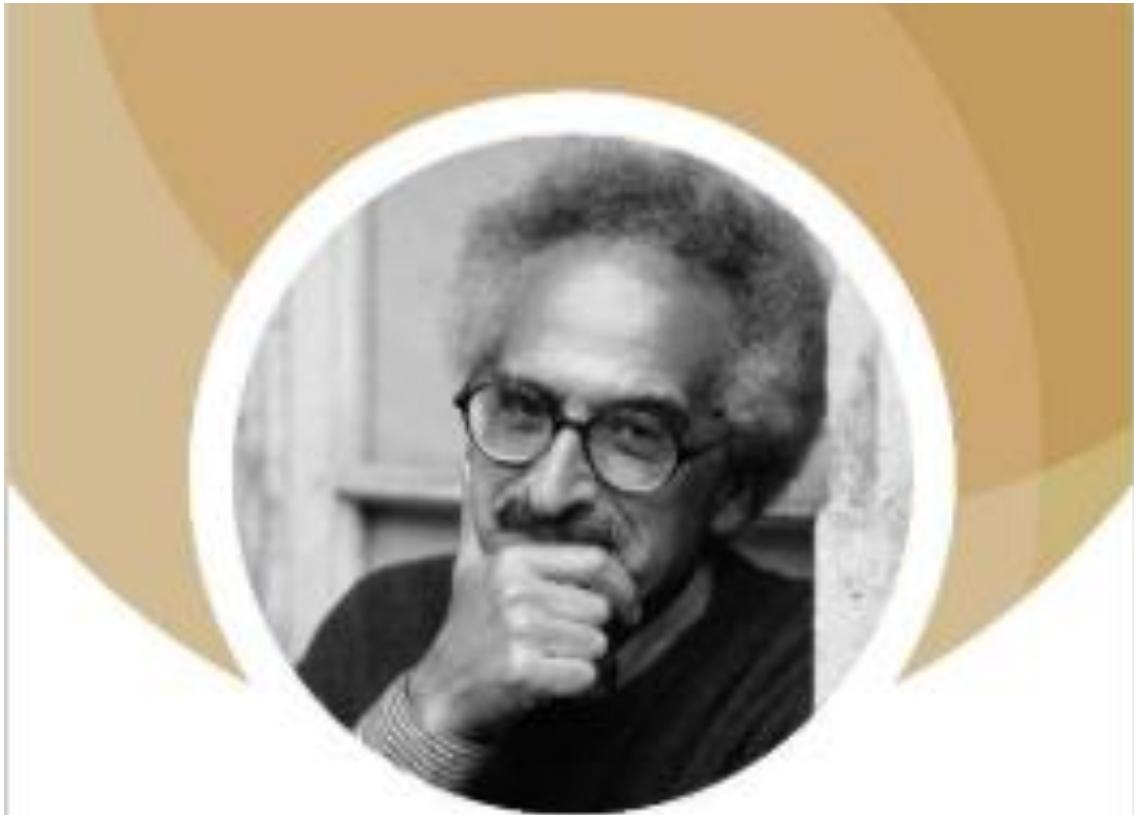
Aquí acaba la narración de mi viaje, llamada *La ciudad más bella que se pueda encontrar*, cuyo dictado y anotación se han completado el vigésimo día de Dhu Al-Hijja del año 1446 H. [17 de junio de 2025 d.C.]. Que Dios premie a quien lo copie.⁵

FIN

²⁷ *Jeremías*, 7:18 y 44:17-25.

²⁸ Adaptación del final de *A través del islam* de Ibn Battuta, edición de Serafín Fanjul y Federico Arbós, en Alianza Literaria. La obra fue dictada en Fez al granadino Muhammad Ibn Yuzayy al-Kalbi entre 1355 y 1356 (756-757 de la Hégira) a instancias del sultán merinida Abu Inan Faris.

EN EL RECUERDO



ذات

صنع الله إبراهيم

ذات | صنع الله إبراهيم | مؤسسة هنداوى
Sonallah Ibrahim

EN EL RECUERDO

Sonallah Ibrahim

Por LUZ GARCÍACASTAÑÓN

*¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!.
Continuaré escribiendo su nombre al combatir:
En la tierra, en los muros, en las puertas, en las brechas de las casas,
en la mezquita y en el altar de la Virgen.
Por todos los caminos de las fincas.
Por todas las colinas, las pendientes, las calles, las esquinas.
En la cárcel y el calabozo de tortura.
En las maderas de las horcas.*

Fadwa Tuqán

EL miércoles 13/8/25 falleció Sonallah Ibrahim, al que conocí personalmente por ser uno de los tres escritores cuya obra literaria formaba parte de mi tesis doctoral. Con él me encontraba no en cafés, ni en restaurantes, sino en su apartamento de Heliópolis donde me recibía con su eterna y tierna sonrisa, su mata de esponjoso cabello *sel et poivre*, su bigote ocultando su labio superior, sobre el que se curvaba la punta de su nariz de mochuelo que sostenía las sempiternas gafas de grandes cristales que enmarcaban los ojos de mirada escudriñadora que grababa los detalles de modo fidedigno. Esa mirada inquisitiva despertaba suspicacia e incomodidad en quienes no lo conocían. Lo recuerdo con un vaso de sangría en las manos, escudriñando a los invitados a mi cumpleaños. Solo miraba, observaba y de vez en cuando me preguntaba por la nacionalidad de uno u otro. También lo hacía para saber el compuesto de la sangría y el modo de prepararla. Eran los detalles los que a él le interesaban. Sus ojos veían, miraban, inspeccionaban, inquirían, reflexionaban y ponderaban. Con ellos grababa pormenores que luego su mente ordenaba y clasificaba. Esos ojos alegres y vivaces que habían visto más espinas que rosas.

Yo: ¿Cuál es a tu juicio del papel de la literatura en la sociedad en general y en la egipcia, en particular?

S.I. En diferentes etapas de la historia contemporánea de Egipto, la literatura ha ejercido una influencia decisiva en la política y en la vida civil. Las ideas revolucionarias y socialistas surgieron en Egipto de la mano de la literatura extranjera que influyó, sin duda alguna, en la nacional. Escribir es un modo de expresar nuestras ideas, un recurso en el que volcar nuestros pensamientos y emociones mediante la palabra. Se escribe por muchas razones, por placer, por dinero, por inquietud, por la necesidad de entender y compartir pero también por plantar la semilla de la duda, despertar el pensamiento crítico que conduce a la reflexión que, a mi juicio, es uno de sus aspectos más enriquecedores. Cuestión distinta es la efectividad de su alcance transformador y que su impacto trascienda la individualidad. La literatura en su función de herramienta transformadora ha de ser capaz de entrar en el terreno social y político para denunciar desigualdades e injusticias.

Yo: ¿Cuál es tu postura en relación a la herencia árabe, clásica y vulgar?

S.I: Ambas constituyen una fuente inagotable en cuanto a formas y contenidos que aparece con claridad en muchos autores. Yo, sin embargo, trato de distanciarme del pasado. Por naturaleza, soy contrario a los mitos y leyendas. Me gusta servirme de la realidad cotidiana en la que vivo, de su lengua y de su estilo. Desde que empecé a leer, lo hice por un deseo de hallar respuesta a cuestiones que me atañen en tanto que animal social y político. La tradición sería un tesoro en cuanto de ella se pudieran extraer lecciones válidas para el progreso. El papel de escritor es educar al lector, presentarle dilemas que le lleven a pensar, propiciar el debate social y político mediante ideas y argumentos diferentes a los de la prensa. Pero todo eso se ha perdido porque el lector solo busca en el libro un texto ligero, (bien o mal escrito) que le ayude a pasar el rato y si además consigue que le emocione y lo estremezca, mejor que mejor.

Yo: ¿Y tu posición en cuanto a la Religión?

S.I: La Religión ocupa un papel importante en la sociedad egipcia actual aunque no siempre fue así. Egipto conoció un largo periodo de laicismo, a veces encubierto y otras, manifiesto como en la época de Abdel Nasser. De los principios religiosos generales de origen semita, se pueden derivar importantes cuestiones referidas a justicia social, ética y moral si bien el uso que de ella se hace queda casi siempre reducido a cuestiones que atañen a ese mundo tras el mundo. Los problemas sociales, las derrotas y las humillaciones, no se solucionan con la religión.

Yo. ¿Cuál fue la consecuencia del auge de los países del Golfo en el mundo árabe?

S.I. Sin duda alguna el fundamentalismo religioso. Profesores, maestros, médicos, enfermeros, abogados, arquitectos y empleados bancarios se van a Arabia Saudita. Durante los cuatro años que dura su contrato no hacen otra cosa que trabajar y por las noches sentarse a jugar a las cartas y acudir a la mezquita en galabiyya blanca. Se dejan crecer la barba y solo hablan de bondad y de virtud. Al cabo de cuatro años regresan a Egipto en galabiyya y traen consigo, además del dinero, un ejemplar del Corán. Sus

reuniones son en las mezquitas como hombres que, como ellos, regresaron a Egipto con el cerebro lavado. ¿No crees que eso afecta y mucho a la sociedad? Nunca antes del boom del petróleo, los egipcios salían a la calle sino era vistiendo traje.

Yo. ¿A qué se debe la atracción de los egipcios por el islamismo?

S.I. A una frustración en todos los campos: político, social, tradicional y sexual. La religión aporta certeza y seguridad mediante la ritualidad de los actos: las abluciones, la alfombrilla en dirección a la Meca, invocaciones del nombre de Alá en cualquier acción cotidiana. Pero como eso no basta para superar la angustia, se recurre a prácticas menos ortodoxas: la magia es una de ellas. Fórmulas milagrosas, papelillos de ilegible lectura, talismanes colgando de cadenas al cuello, o cosidos en la costura del pantalón o en el colchón, visitas a adivinos y prácticas como la del Dikr, son resquicios de salida a la desesperanza y la amarga desilusión.

Yo. Aunque esté de más preguntártelo: ¿cómo ha influido en tu vida y en tus libros la política?, ¿refleja tu obra literaria la sociedad egipcia de manera certera?

S.I. Empecé mi vida y espero terminarla en la lucha política. Conocí la clandestinidad, la cárcel y la tortura. La política forma parte de mi vida y seguirá haciéndolo. En cuanto a la segunda cuestión, mi respuesta es que yo describo la sociedad tal como la veo y de acuerdo a lo que he vivido..

Yo: ¿Qué papel ha jugado la familia en tu escritura?

S.I. Creo que ninguno. Mi padre tenía sesenta años cuando se casó, en segundo matrimonio con mi madre que solo tenía dieciocho. Ella sufría comenzó a sufrir ataques nerviosos y cuando falleció yo pasé mi adolescencia con mi padre, creándose entre nosotros una relación como la de un niño con su abuelo. Amante de la lectura, él me introdujo a edad muy temprana en el mundo de los libros. Él me enseñó a que la razón debía regir tanto los aspectos sagrados como los políticos de la vida del ser humano. La familia de mi padre menospreciaba a mi madre por considerarla socialmente inferior. La veían como el típico “capricho de un viejo.” Nunca tuve un instinto familiar y menos al perder a mi madre. Entonces se rompió definitivamente el nexo con la familia paterna.

Yo. ¿Qué opinas de la situación de la mujer árabe?

S.I. Es algo desolador. Paralizada por el miedo acepta y defiende su situación incapaz de romper los arcanos sociales que la encierran en su único papel de esposa y madre, lo cual conlleva la domesticación y el sometimiento sexual al hombre que en ella trata de hallar una salida a su miseria sexual

Yo: ¿Piensas que la literatura árabe marcha al mismo paso que la mundial y que evoluciona con ella? ¿O piensas que dada una marcha aparte y por sendas diferentes?

S.I .Pienso que ambas evolucionan, si bien cada una a su ritmo y de acuerdo al contexto social y político.

Yo ¿cuáles son tus autores preferidos?

S.I Pregunta difícil por el gran cambio de mis lecturas a lo largo de los años. Mis lecturas cambian porque mis gustos cambian, porque cambian mis intereses y también

mis preocupaciones. Leo sobre todo a escritores que me plantean preguntas o que responden a las mías.

Yo. Tu modo de escribir muestra un cariz periodístico por la concreción tanto de la forma como del contenido.

.SI-Es verdad. Mis intentos de unirme a un periódico o a una revista fracasaron estrepitosamente si bien en ese estilo escribí mi Ese Olor, mi primera novela. Esa forma de expresión alejada de la prolividad me permitía decir lo que quiero y a mi manera. A la parquedad y la precisión añado uno de mis principios inamovibles: escribir sobre lo que se sabe y lo que se conoce, y antes de ponerlo por escrito, dejar que madure en la cabeza. Es como el alumbramiento de algo que has creado mediante el pensamiento y la imaginación.

Yo. ¿Qué opinas de quienes ven en tu obra la colaboración de escritores como Camus y Sartre?

S.I. Me parece que solo tratan de mostrar su conocimiento de la literatura extranjera. Quien realmente ha leído y entendido a Camus y a Sartre sabe que ellos hablan del absurdo de la existencia humana y el papel que en ella ocupan la libertad y del compromiso, si bien Camus, prioriza la vida humana sobre la ideología mientras Sartre defiende la violencia con fin revolucionario. Sus personajes sufren de alienación ontológica; el mío sufre de alienación social debido a los años pasados en la cárcel. Yo no reflexiono sobre la filosofía del absurdo y el existencialismo sino sobre el autoritarismo, la tiranía social, política y sexual que rigen en el mundo árabe en general y en el egipcio en particular. Hasta ahí la similitud. El resto ya es historia.

Heliópolis, 21-02-1984

Pero volvamos a la historia de Sonallah Ibrahim cuya formación intelectual y política estuvo marcada por sus estudios de Derecho, cine y periodismo y su militancia comunista que lo llevó a la cárcel en la que recibía, mediante el soborno de los carceleros, libros y revistas literarias y políticas francesas enviadas desde París por Henri Curiel¹ quien organizaba su defensa legal. Fue a su salida de la prisión de Wahat (oasis en el desierto occidental, cerca de la frontera con Libia) donde el escritor estuvo recluido durante cinco años, cuando diariamente y tras su firma en la hoja de registro del agente de la libertad condicional, escribía notas de los hechos diarios que conformarán la novela “Ese Olor”.² Finalizada en solo tres meses, publicada en 1966 y

¹ Henri Curiel fue un activista comunista judío-egipcio que lideró el Movimiento democrático para la liberación Nacional hasta su expulsión de Egipto en 1950. Establecido en Francia, Curiel apoyó al Frente de Liberación Nacional argelino y participó en los esfuerzos de paz entre israelíes y palestinos. En 1978 fue asesinado en París; su asesino nunca ha sido identificado.

² El título evoca un olor físico y simbólico que impregna las calles de El Cairo, representando la miseria, la falta de libertad y la corrupción que caracterizaban la sociedad egipcia de los años sesenta.

secuestrada por el gobierno y tras un largo periplo de expurgo y censura y acusaciones de “vulgaridad”, “falta de sensibilidad” “bajeza” por un realismo “fisiológico”³

Poco después de la prohibición de *Ese Olor*, el escritor se va al Berlín oriental: “Quería conocer a chicas con cabello rubio y ojos azules”, confesó en una entrevista. Después se instala en la Unión Soviética, donde estudia cine. Hace un documental corto sobre prisioneros políticos egipcios y trabaja en su novela sobre la presa de Asuán. Regresa a Egipto en 1974, manteniendo el perfil bajo que le caracteriza. A su novela el Comité en 1981, le siguen *Beirut*, *Beirut sin fecha*, *Zaat* (1992) *Sharaf* (1997) *Warda*(2002) y nos detenemos en *Espionaje* (2009), después de dejar atrás la renuncia del escritor al premio de Novela Árabe otorgado por un Ministerio de Cultura perteneciente a un gobierno carente de credibilidad alguna.

El Espionaje, "النّاصص", es una clara muestra de que el escritor se sigue ateniendo a su principio de escribir sobre lo que conoce, en este caso el Cairo monárquico del rey Faruk, el tiempo de los Pashas⁴ y Beyes⁵, el Cairo de las bailarinas de la danza del vientre y artistas de la pantalla como Samia Gamal y Tahya Karioka, Fifi Abdu, Nagwa Fuad, Nadi Gamal y cantantes como Un Kulzum, Fayza Ahmed, Ismahan. El Cairo de la ocupación británica, el Cairo del café Groppi donde los ingleses tomaban el té con pastel de manzana, y donde planeó tomarlo el mariscal Rommel tras su supuesta (y fracasada) victoria en la batalla del Alamein.

En ese Cairo el niño protagonista de la novela y alter Ego de Sonallah Ibrahim, vive con su padre jubilado y que podría ser su abuelo, en ese pequeño apartamento donde ambos conviven y comparten cuarto y cama. A través de flash backs, olores o detalles, el niño recuerda a la madre que sufría de alteraciones nerviosas que la llevarían al horrendo hospital psiquiátrico del que no volvería: *Ve a mi madre de pie a la puerta del apartamento. La abuela está a su lado, y las hijas del casero. Mi padre va muy elegante. Lleva la cabeza descubierta. Ella grita: “¿Quieres envenenarme? ¡Has puesto veneno aquí!” Señala un vaso de cristal sobre la barandilla. Mi padre dice con voz sosegada y cansada: “Tranquila. Bebe y te calmarás”*.

Tras sesenta años de su maduración en la cabeza del escritor, es a esa edad (y a la de su propio padre de entonces) cuando Sonallah Ibrahim logra finalmente poner en papel al niño de 11 años que fue y que intenta comprender el mundo de los adultos espiando sus vidas privadas, sus hábitos y sus conversaciones en ese turbulento período previo a la revolución de 1952, que derrocó a la monarquía y dio paso al gobierno de Gamal Abdel Nasser. Atado a ese padre viudo, que lucha desesperadamente contra la decadencia física y su degradación social que ha traído consigo

³ El escritor responde: La fealdad expuesta en actos “fisiológicos es infinitamente inferior a esa otra de golpear a un hombre desarmado hasta la muerte, meterle una bomba de aire por el ano, o cables eléctricos por el pene por tener una opinión contraria o defender su libertad y abogar por una ideología política contraria a la gubernamental.”

⁴ Pasha: título originalmente usado por los otomanos. Se aplica a hombres que ostentan algún mando superior en el ejército o en alguna demarcación territorial

⁵ Bey":cargo administrativo y militar, otorgado a gobernadores de provincias o distritos bajo el dominio otomano

la jubilación, ese niño viviendo entre adultos, mira por los ojos de las cerraduras, pega las orejas a las puertas, hurga en los cajones, pasas las hojas de los libros prohibidos con ese acuciante deseo de entender lo que ocurre a su alrededor.

La escritura objetiva y la extrema atención al detalle, la minuciosidad de las descripciones encantará a los historiadores del futuro; Kolinos, la marca del dentífrico, Zambuk la de la crema depilatoria; Lanolina la crema de desenredar el pelo... Y es que la minuciosidad de los detalles que se suceden como en una cinta cinematográfica vincula estrechamente a *Ese Olor* y *El Espionaje*;

Provisto de ropa limpia fui al cuarto de baño Cerré la puerta con llave y me desvestí. Desnudo bajo la ducha me froté de arriba abajo con el jabón. Abrí la ducha. Levanté la cabeza y fije mis ojos en los ojillos de la ducha. El agua empezó a correr obligándome a cerrar los ojos. Bajé la cabeza y observé el correr del jabón sobre mi cuerpo con la presión del agua corriendo hacia el desagüe. Con los ojos cerrados permanecí inmóvil bajo el agua. Cerré la llave. Cogí la toalla y sequé mi cuerpo lentamente con ella. Me vestí. Salí del cuarto de baño y encendí un cigarrillo. (Ese Olor)

Salgo de la habitación, y cierro la puerta. Salgo por la puerta del salón. Cruzo el salón hasta el pasillo junto a la cocina. El frigorífico de madera cerrado en invierno, en verano tiene las tuberías llenas de hielo. Paso junto a él y cruzo por delante del baño de estilo francés. A su lado, el baño tradicional. Abro la puerta. De pie sobre sus dos relucientes pies de mármol, a ambos lados de la abertura central, orino. Salgo del baño. Cierro la puerta tras de mí. (El Espionaje)

Como colofón a este artículo el interrogatorio sufrido en aeropuerto de Ovda (Israel) que me recordó, aunque en tono y gravedad inferior, al del Comité. Todo comenzó con aquella andanada disparatada de preguntas; si llevaba armas en mi equipaje, si había hecho yo la maleta o bien la había hecho otra persona por mí, si en ella llevaba objetos que pertenecían a quienes me los habían entregado, le sucedió un inquisitorio personal: ¿Qué lugares has visitado en Israel? ¿Por qué esos y no otros? ¿Has estado en los Territorios Ocupados?, (léase Palestina) ¿Por qué viajas sola? ¿Estás casada?, ¿tienes hijos? ¿Conocías o has conocido a alguien en Israel? ¿Dónde te has alojado en Jerusalén?, ¿en qué hotel? ¿Quién te lo recomendó? ¿Por qué viajas en Ryanair y no en Iberia? ¿Cuánto te ha costado el billete? Un interrogatorio parecido al ocurrido a mi llegada, pero ahora me iba, por tanto, ¿a qué todas esas cuestiones que parecían contradecir el dicho: A un enemigo que huye puente de plata? ¿Qué importancia tenía donde hubiera estado o me hubiera alojado? Mis escuetas respuestas: No me acuerdo, me he olvidado, no lo recuerdo, me permitieron pasar al área de inspección de equipajes donde el sistema detectó algo sospechoso, lo que llevó la maleta a una segunda inspección. Yo permanecía inerme. Solo llevaba ropa y libros, pero fueron ellos la razón de esa segunda inspección. La guía de viajes, el libro de Rosa Regás *Viaje a la luz del Cham* fueron remetidos en la maleta pero no así los cinco en árabe de

Sonallah Ibrahim que la inspectora colocó en fila sobre la madera de la mesa al tiempo que me preguntaba de modo inquisitivo: ¿Hablas árabe? No me cupo duda alguna de que el conocimiento de ese idioma podría resultar en una inculpación que quizás, me impediría tomar el vuelo. Sintiéndome culpada de algo y ante la falta de posición igualitaria entre ambas partes, decidí responder por la negativa, sabiendo de antemano su siguiente cuestión: Por qué razón lleves libros en un idioma que desconoces. Porque me gustaron, respondí yo y ella, perpleja y sin dar crédito a lo que oía, llamó al supervisor, un hombre corpulento y con gafas oscuras que parecía haber salido de la novela "El Comité," que me soltó a bocajarro: Si no sabes árabe y llevas libros en árabe es que no son para ti. Ni mucho menos, dije. Los libros son para mí y si los he comprado en ese idioma es porque no pretendo leerlos sino simplemente mirarlos. Los he elegido por el color de las portadas, la bonita caligrafía, sus hojas como de pergamo que paso de izquierda a derecha o de derecha a izquierda. . ¿Haces eso a menudo? Siempre que un libro me guste, sin importar en qué idioma esté escrito. ¿Por qué no has comprado libros en lengua hebrea? Porque no encontré ninguno que me gustara. A las portadas les faltaba el colorido. Los libros eran grandes y pesados. ¿Y la caligrafía tampoco fue de tu agrado? No, no fue de mi agrado, respondí y ambos, él y ella intercambiaron miradas de desconcierto: ¿Estarían ante una loca? Con la llamada para los pasajeros del vuelo de Ryanair, caminé a la sala de embarque mientras recordaba las palabras dichas por Sonallah Ibrahim tras su renuncia al premio literario que le había sido concedido: «*He querido mostrar que cada cual puede resistir a su manera, según sus propios medios.*»

Ponferrada, el 25 de agosto del año 2025

ENTREVISTA



De izquierda a derecha: el entrevistador, Abdelkhalak Najmi, y el autor, Javier Roca.

Nacido el 7-11-1960 en Tánger, ciudad en la que residió hasta iniciar sus estudios de Medicina en la Universidad de Navarra (Pamplona). Prosiguió estudios de Traumatología en el Hospital Gregorio Marañón (Madrid). Actualmente trabaja en el Hospital General Universitario Dr. Balmis, de Alicante, donde reside. La *conexión Tánger* es su tercera novela, precedida de *La aljamía* (2008) y *La clave de sol* (2012).

Entrevista a Javier Roca

Por **ABDELKHALAK NAJMI**

- 1-Usted ha publicado tres novelas: *La aljamía*, *La clave del Sol* y *La conexión Tánger*, el punto común de los tres es Tánger ¿Por qué precisamente esta ciudad?

- R. Tánger es la ciudad donde nací y la ciudad que me vio crecer; la ciudad donde se conocieron mis padres y vivieron hasta prácticamente su fallecimiento; la ciudad donde nacieron mis ocho hermanos y muchos de mis amigos; la ciudad donde hice mis primeros estudios; la ciudad a la que siempre regreso; mi ciudad.

- 2- ¿Cuál ha sido el criterio para elegir los títulos de sus tres novelas?

- R. La propia temática de la que tratan: *La aljamía*, mi primera novela obedece a un recurso lingüístico conocido con ese nombre y utilizado sobre todo por los judíos en el norte de Marruecos tras su expulsión de España. Lo utilizo para desvelar un secreto muy importante para la novela. *La clave de sol* es un juego de palabras para relacionar la música con un personaje histórico tangerino: Sol Hachuel. *La conexión Tánger* es la segunda parte de *La aljamía*, si bien funciona como una novela independiente, Tánger fue un enlace, una conexión en la huida de importantes nazis rumbo a Sudamérica.

- 3-Llama mucho la atención la portada de su novela *La conexión Tánger*, en particular la bandera nazi ¿Cuál fue su vinculación con Tánger?

-R. Durante la Segunda Guerra Mundial, Tánger fue ocupado por el gobierno de Franco. Aunque oficialmente debía mantener una posición neutral sus simpatías entonces con la Alemania de Hitler pro-

piciaron la devolución del que había sido su consulado durante la Primera Guerra Mundial, la actual Mendubía (1941). Llegaron a trabajar entonces hasta 50 personas implicadas en actividades de espionaje y contraespionaje, los dos cónsules que se sucedieron hasta que fue nuevamente clausurada en 1943 fueron dos nazis relevantes nombrados directamente por el propio Hitler. La portada de mi novela quiere llamar la atención sobre estos hechos, ya que formarán parte de la trama de la novela.

- 4- Su primera novela *La aljamía*, mantiene que es fruto de aquellas historias, muchas personales, que su padre le contó cuando era niño, pero usted evoca también personajes destacados que pasaron por Tánger: Ali Bey, Gaudí, el matrimonio Bowles, Ángel Vázquez, Antonio Fuentes, el general Ufkir, Isabel de Orleans ¿Su obra es un homenaje póstumo a estos personajes que dejaron una huella imborrable en la ciudad?

- R. Efectivamente, me gusta aportar historia real con personajes conocidos que pasaron por la ciudad para dar mayor veracidad a lo que cuento, pienso que esas historias merecen ser recordadas. Hay una trama inventada donde voy colocando anécdotas y hechos que realmente sucedieron. Muchas de ellas me las contó mi padre tal como luego he plasmado en la novela. A pie de página aporto datos sobre esos personajes y lugares para aquellos lectores que quieren saber más.

- 5- Algunos críticos literarios señalan que sus tres novelas le han servido para resaltar las diferentes épocas históricas de la ciudad y en particular, la etapa internacional ¿Está usted de acuerdo?

- R Así es; *La aljamía* y *La conexión Tánger* están centradas en el Tánger

internacional, *La clave de sol* corresponde a otras épocas.

- 6- La trama de su segunda novela *La clave de sol* empieza en Alicante y acaba en Tánger, apareciendo dos continentes, dos ciudades y dos países: Marruecos y España, con un pasado cultural común. ¿Cree usted que hay un desconocimiento mutuo entre los dos pueblos a pesar de la geografía e historia común?

- R. Todos estudiamos como fue la ocupación musulmana en España que duró cerca de 800 años, y la presencia de los judíos durante tantos años, sin darnos cuenta, quizás porque nuestras culturas fueron tan diferentes entonces, de que no somos más que descendientes de todos ellos y no solo de los cristianos que por allí andaban. Con la expulsión en época de los Reyes Católicos pasaron al otro lado del Estrecho, pero llevaban 800 años en España y no dejaban de ser nuestros antepasados. Aunque tenemos culturas diferentes y ha habido y hay problemas en cuanto a la integración creo que mantenemos muchos más vínculos y signos de tolerancia que los que tiene Marruecos con los países europeos más allá de los Pirineos.

- 7- Su última novela ¿es un homenaje a su padre el médico Roca, que ejerció durante muchos años en Tánger?

-R. Lo es como fue la primera, *La Aljamía*. Creo sinceramente que mi padre fue feliz en Marruecos, apreciaba y fue apreciado por el pueblo marroquí y de hecho nunca quiso marcharse. Las muestras de cariño y respeto que todo el mundo nos mostraba a mí y a mi familia en sus últimos años, a pesar de que ya estaba jubilado y no ejercía, así nos lo demostraron.

- 8- En su obra cuenta muchas anécdotas que le pasaron a su padre en su consulta. ¿Qué le suponía Tánger?

-R. En Tánger convivía muchísima gente con culturas y sueños muy diferentes. Mi padre venía de una España de postguerra pobre y miserable, donde con sobrevivir tenían suficiente. Con un préstamo que pidió mi abuelo a un amigo adinerado pudo ir a Francia y formarse en su especialidad, la otorrinolaringología, con el considerado padre de esa especialidad, el profesor Portman; aun así, España no era entonces una opción, Tánger era la gran oportunidad y ese ambiente propiciaba que la gente en su consulta le contara todo tipo de anécdotas y confidencias, como muchas que he contado en mis novelas.

- 9- ¿Considera que la ciudad del Estrecho ha permitido a muchos españoles escapados de la guerra civil o sus consecuencias, rehacer su vida?

-R. Desde luego así fue. Hubo muchos refugiados políticos, muchos de ellos conocidos, tal como cuento en mi última novela, pero la mayoría simplemente huían del hambre. Tánger les permitió rehacer sus vidas.

- 10- En sus tres obras documenta muy bien muchos aspectos, como en la descripción de los personajes célebres tangerinos y otros menos conocidos, así como en la descripción de los lugares de Tánger. ¿Cuáles son las fuentes que ha consultado?

-R. Como buen tangerino he leído mucho sobre lo que se ha ido publicando sobre Tánger y muchos textos históricos como *A través del Islam* de Ibn Batuta, *Los viajes de Alí Bey* de Domingo Badía, *La heroína hebrea* de Eugenio María Romero, *Marruecos y sus tribus nómadas* de John Drummond Hay, *Marruecos* de Edmundo

De Amicis, *Historia de Tánger* de Ceballos, *Tánger en primera persona* de Carlos Hernández, *Les riches heures de Tanger* de Dominique Pons, por supuesto, la *Guía de Tánger* de Juan Ramón Roca, mi hermano, *El Frente de Tánger* de Bernabé López, *Tanger... Regards sur le Pasée... Ce qu'il fut* de I. J. Assayag, *Memorias de un viejo tangerino* de Isaac Laredo, *Si Tánger le fuera contado* de Tomás Ramírez, *Tanger, réalités d'un mythe* de Rachid Taferstiti, *La pequeña historia de Tánger* y *Una vida en Tánger* de Alberto España. Y *Kidon* de Eric Frattini, e infinitud de novelas sobre Tánger, como *Se enciende y se apaga una luz* y *La vida perra de Juanita Narboni* o *El cuarto de los niños y otros cuentos* de Angel Vázquez, *Tánger, Tánger* de Leopoldo Ceballos o *Un largo sueño en Tánger*, de Antonio Lozano, *Me quedé en Tánger* de Luis Molinos, *El pan a Secas* de Choukri, *El niño de arena* de Tahar Ben Jelloun, *El cielo protector* de Paul Bowles, etc. etc.

Me he documentado en periódicos de esa etapa como el ABC o el *España de Tánger*. Internet es una fuente inagotable de datos.

Pero la fuente principal de todo han sido los testigos presenciales del Tánger que describo: mis padres, mis abuelos, mi tío Paco, mis hermanos, mi mujer, los amigos de mis padres, sus hijos, que fueron y son mis amigos y que desgraciadamente muchos ya no están.

He tratado siempre de contrastar la información, por ejemplo, el escritor Eric Frattini menciona que según un antiguo tripulante del yate de la condesa Marga de Andurain, Adolf Eichmann y otros famosos nazis cruzaron el Estrecho rumbo a Tánger, pero la condesa ya había fallecido unos años antes, por lo que es del todo imposible que así fuera, ya que el yate fue vendido poco después; no obs-

tante, sí que parece bien documentado que la condesa mantuvo contacto con la red de fugas y el obispo filo nazi Hudal. Rachel Muyal me contó también que Dominique Pons fantaseaba mucho con las historias que contaba. Quiero decir con ello que, aunque se trate de una novela e intento ajustarme a la realidad, no debes creerte todo lo que se dice.

En fin, con todas esas fuentes, con todo aquello que pude contrastar y las ideas que he ido recogiendo sobre el ambiente no solo en la ciudad sino también en el resto de Marruecos he tratado de construir un relato coherente en cada novela buscando no solo entretenér, sino que el lector se quede con una buena información.

- 11- Hay muchos personajes reales que figuran en sus novelas con sus nombres y apellidos: Alberto España, Eduardo Haro Tecglen, Ángel Vázquez, Rachel Muyal ¿Se quedaría con alguno en especial?

R. Me quedo con todos ellos. Todos aportan algo a la ciudad, a su historia. La mayoría tuvieron contacto con mi padre, fueron sus amigos y compartieron experiencias e inquietudes.

- 12- Autores españoles afirman que Tánger es ya una ciudad literaria por excelencia. ¿Está usted de acuerdo? ¿Qué obras tangerinas o autores le han influido?

R. Así es, por su historia, por ser frontera entre culturas, por ser la puerta entre dos continentes, testigo de desgracias, como el de la inmigración, y de éxitos como el del Tánger Med, motor de una industria que no ha hecho más que crecer y es fuente de su riqueza actual. En cuanto a los autores tangerinos, creo que he mencionado a gran parte de ellos.

- 13- Usted ha presentado su última obra en Tánger. ¿Cómo nota la evolución sufrida en la ciudad desde su infancia hasta la actualidad?

R- Soy consciente de que fui un privilegiado por mi situación familiar, y que viví un Tánger especial en el que la clase media alta a la que pertenecía, era minoritaria. La mayor parte de la población era pobre. Actualmente la evolución ha sido hacia la prosperidad. Tánger es hoy una ciudad joven, orgullosa y vital. No reniego ni renuncio a nada, pero si me dijeran que tengo que nacer en alguna época de toda la historia y que por el libre albedrío sería hijo de cualquier persona que viviera en Tánger, elegiría sin dudarlo "ahora" porque sería la mejor etapa de la ciudad para garantizarme un futuro.

- 14- Algunos afirman que la generación *beat* encabezada por los Bowles ha dado una mala imagen de la ciudad ¿Coincide?

R- No. Había un componente negativo sobre todo en cuanto al tema de las drogas, pero eso ocurrió también en otras ciudades importantes como Nueva York, Berlín, París o Londres con artistas y escritores muy conocidos, donde al final se impuso la creatividad, como finalmente ocurrió en Tánger, y el resultado fue positivo.

- 15- ¿Habrá una tercera parte de *La aljamía*?

R. No lo tengo en mente. pero no estoy cerrado a nada.

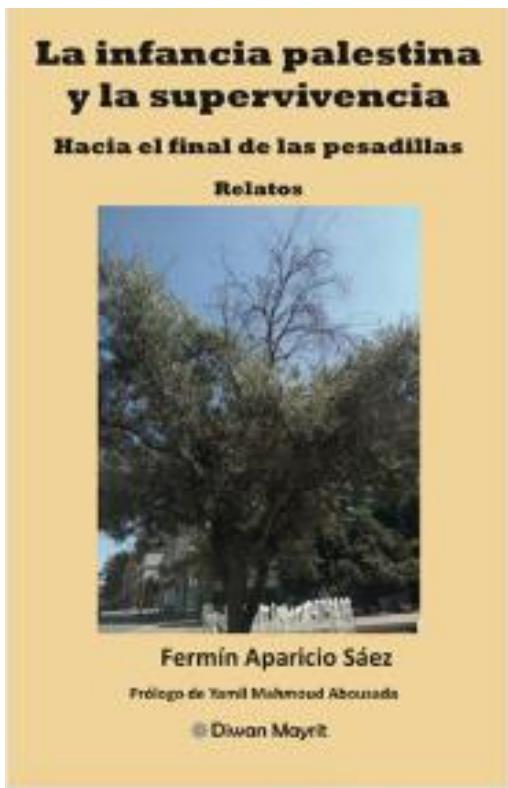
- 16- En su última novela figuran entre capítulo y capítulo unas pinturas maravillosas. Además de ser un buen médico y escritor, ¿cree que es buen pintor?

R. Bueno, muchas gracias por lo de buen médico y escritor; la verdad es que no soy pintor pero creo que soy buen dibujante,

me relaja y me inspira a la vez. Siempre me interesó la pintura y sobre todo el dibujo, para lo primero no he tenido tiempo, el dibujo me resulta más sencillo

y pienso que aporta y completa información, que ayuda a la imaginación a recrear lugares y situaciones. Casi podría decir que no concibo escribir sin dibujar.

RESEÑA



Reseña por CRISTINA F. BARCALA ||
APARICIO, FERMÍN | *La infancia palestina y la supervivencia. Hacia el final de las pesadillas.* Prólogo de Jamil Mahmoud Abou Saada. Madrid: Diwan Mayrit, 2024, 224 páginas.

Desde que conocí la temática de este libro, tuve interés en leerlo. Al tenerlo en mis manos, tras el prólogo, mi deseo de conocerlo creció exponencialmente, porque algo me indujo a pensar que contenía múltiples dibujos de los niños. Como docente, proveniente del campo de las Bellas Artes, por mi experiencia con niños y adolescentes, sé que el testimonio dibujado puede contener infinidad de matices, que la narración oral omite, o no deja aflorar a la conciencia. En cambio, los dibujos describen la realidad circundante y la interior, la anímica, sin subterfugios, directamente desde el inconsciente, sumada a la conciencia. Pero, sobre todo, hablan de sentimientos profundos, de emociones, de heridas abiertas sin cicatrizar, de traumas del alma que, en este caso de los niños palestinos, marcarán el resto de sus días. Sería importante y necesario, animarles a dibujar, recopilar sus dibujos, analizarlos, para poder llegar al fondo del dolor y saber tratarlo mejor. Para establecer una estrategia psicológica que alivie y ayude a estos niños a convivir el resto de sus días, con esos terroríficos fantasmas, que jamás los abandonarán. Darles herramientas para que puedan manejarse en sus vidas cotidiana y laboral, sin que les invadan los pensamientos negativos, tal vez tan insoportables, que a veces les

paralicen, o impidan centrarse, estudiar, trabajar y llevar –sobrellevar–, una vida más próxima a lo que llamamos “normalidad”.

Reconozco mi frustración cuando, al hojear el texto, no encontré ningún dibujo. Pero comienzo a leer los relatos.

Es interesante observar la diversidad de ópticas que presentan las narraciones: des-de los bebés prematuros del Hospital Nasr, pasando por niños, niñas, algunos nacidos muy lejos de Palestina, que ni siquiera hablan el árabe. Incluso algún fiel compañero de cuatro patas, también testigo de todos los hechos de su entorno.

Las preguntas infantiles suelen ser distintas de las de los adultos, más directas, sencillas y lógicas. Como aquel que se pregunta cómo sería la convivencia entre musulmanes y judíos antes de la Nakba, incluso durante los siglos anteriores. Entre sus disquisiciones aparecen sus aspi-raciones para su vida de adultos, que casi siempre están relacionadas con la solidaridad hacia su familia y su pueblo. Muchos proyectan una vida de estudiantes fuera de Palestina, donde no se les impida hacerlo, pero con la mirada puesta en el regreso a su patria, para servir a los suyos. Todo emigrante desea volver a sus raíces, en el fondo de su corazón.

A través de los relatos, vamos conociendo uno a uno todos los agravios, los ataques, las humillaciones, los actos denigrantes, los robos, los arrestos indiscriminados de adultos y niños, los registros, cacheos y controles a que son sometidos durante horas, a cualquier hora del día o de la noche, la imposición de torres de vigilancia con música israelí a todo volumen en el terreno invadido, los saqueos, apedreamientos, destrucción de depósitos de agua, arranque de olivos, disparos indi-criminados sin motivo –especial-

mente a niños y por la espalda a veces–, con balas de fragmentación para que se produzca una hemorragia interna masiva. La expulsión de humildes campesinos y pastores de sus tierras, que se ven desplazados monte arriba, sin nada. El levantamiento de vallas y muros con la intención de dividir y aislar a la población palestina, convirtiendo sus tierras en un puzzle de piezas inconexas, a las que se les deniega el acceso. Robadas.

Ahora, obligados a vagar de un lugar a otro constantemente, perseguidos en sus propias tierras, sucios, hambrientos, débiles y exhaustos, son ametrallados entre burlas y risas.

La humanidad entera se pregunta qué educación han tenido estos soldados, del ejército israelí, estos colonos armados hasta los dientes, muchos de ellos nacidos muy lejos del Jordán. Qué lavado de cerebro, qué adoctrinamiento pernicioso, para tener esa ausencia de empatía, esa falta de la más elemental de las éticas, que deshumaniza a su prójimo, les invade sus posesiones y les roba su medio de vida y su dignidad, sin ningún remordimiento, ni siquiera compasión.

En los textos se hace mención a el silencio y la tristeza que reinan en los campamentos, al menos en los de Palestina. Las víctimas de tal acoso y expulsión no son capaces de levantar la cabeza, la mirada a su vecino, sumidos en el abismo de sus pensamientos.

Pero también se pone de relieve el papel de la mujer palestina, muy vinculada a la tierra y a la trasmisión de la cultura, las costumbres y artesanías. La importancia de los abuelos en esa cadena milenaria, con sus narraciones, cuentos, canciones, danzas y costumbres. Es significativo el hecho de llevar semillas de Palestina al exilio, para sembrar y saber que esa planta tiene sus raíces allá y sabe

a la patria perdida. Es un trocito de pertenencia que pueden atesorar y transmitir a las nuevas generaciones, muchas nacidas muy lejos del Jordán.

Es esperanzador saber que muchos de los niños y jóvenes palestinos, son conscientes de la importancia de conservar la cultura y la memoria de su pueblo, de estudiar y convertirse en profesionales que puedan ayudar a los suyos a no olvidar, para poder recuperar lo que les pertenece, la JUSTICIA en su propia tierra.

Finalmente, hay algunas imágenes bellísimas, inspiradoras, que me gustaría destacar.

Una de ellas es cuando los niños suben a una colina cercana, a observar las estrellas, la inmensidad de la noche, ima-

ginando que en algún momento, bajan a la falda de la colina, a posarse allí. Todo un símbolo.

Otra, cuando se les ocurre fabricar una cometa, contagiando a todo el campamento en esa tarea. Hacen muchas y suben a volarlas a lo alto de la colina. Sus ojos se elevan con ellas, libres, como si les hubieran salido alas que les eleven por encima de la miseria y la destrucción.

Son unos fugaces trocitos de felicidad y alivio, hasta que aparece un dron ante ellos.

NOTA: Al final del libro viene una detallada lista de documentos y organismos consultados.

وكذلك الأمر مع القرى المهجرة التي تم هدمها وعلى أنقاضها أقاموا المستعمرات؛ وعلى سبيل المثال، جبع تحولت إلى جيع هكرمل، دالية الروحة تحولت إلى كيبوتس دالية، عين حوض تحولت إلى عين هود، الطيرة تحولت إلى طيرات هكرمل، عين غزال تحولت إلى عين آيلا، كفرتا تحولت إلى كريات آتا، شفيا تحولت إلى مئير شفيا، الياجور تحولت إلى ياغور.

يمارسون عليها قوتهم وسيطرتهم، ومحاولة إعادة خلق تلك الأمكنة من جديد، وادعاء أحقيتهم التاريخية بها، فتغير الأسماء يتسبب بغربة الأشياء عن أهلها، فالصراع على الأسماء ليس صراعاً لغوياً فقط، بل هو صراع حياة وجود وسيطرة وقوّة، تماماً مثل ظاهرة تحريف أسماء المأكولات الفلسطينية، تجิيرها ومحاولة السطو عليها و"صهيونتها".

تعرضت أسماء كثيرة لمدن وقرى وشوارع فلسطينية وجبال وأودية فلسطينية للتغيير الممنهج بما يتنافى مع القانون الدولي والإنساني ليشمل حوالي 95 ألف مسمى، والحبل ع الجزار. أقيمت لجنة تسميات حكومية إسرائيلية، ولجان تسميات بلدية محلية، مما يتماشى مع الصراع على الرواية التاريخية عبر تغيير الاسم المكاني الأصلي ومحاولة تهويده من خلال طمس الاسم الأصلي ومحوه.

محاولات العبرنة الحثيثة من قبل المؤسسة الصهيونية تجري على أرض الواقع بطرق التفافية مختلفة ومنها تغيير الاسم كلّياً، و/أو ترجمة الاسم العربي إلى العبرية مع الحفاظ على نفس الأحرف ونطقتها بشكل مختلف يؤدي إلى معنى آخر غير الذي يعنيه الاسم العربي الأصلي والعمل على إصدار خرائط تحتوي على الاسم الجديد لتذويتها، وكذلك منع تداول الاسم العربي الأصلي في المؤسسات والدوائر الرسمية.

من هنا جاء الرد عكسياً؛ تمسّكنا أكثر وأكثر بلغتنا وتراثنا وجغرافيّتنا وسرديّتنا، عُدنا للغتنا العربيّة الجميلة على أصولها، (وشخصياً "هجرت" الترجمات العربيّة للأدب العالمي ولجأت للترجمات العربيّة، وبدأت أفگر وأكتب المقالة الأسبوعيّة بالعربيّة، بعد أن كنت أكتبها بالعربيّة) وهناك مبادرات لإعادة تلك الأسماء إلى الذاكرة والوجود وتبنيتها.

تبين أنّ المطعم بملكية صهيونية، يرّوج لإسرائيل، ينتحل الأكلات الفلسطينية من الحمّص إلى المقلوبة وغيرها ويعبرُها مزوّراً التاريخ، لا ذكر لقرية الطّنطورة التي تمّ اقتلاع أهلها من أرضهم إثر النكبة ليهجرّوا في الشّتات، لا ذكر لأبريائهما الذين أُعدّموا في المجازرة على أيدي الغزاة الصهاينة.

سطوا على أرضنا، مأكولاتنا، ثقافتنا وموروثنا،وها هم يجّرون الجغرافيا والتاريخ بحِرفية... حَقّاً، إنّها نكبة مستمرة لن تتوقف إلّا بالعودة".

تناولت في حينه كتاب "سُرُّ الجملة الاسميّة" للكاتب فراس حج محمد فكتبت: "بين لنا أنّ الاسم بداية اللغة الإنسانية وكينونة وجود، ذو تأثير في الحياة الاجتماعية والسياسية، وأخذني إلى علاقتنا اليومية في الداخل الفلسطيني مع الآخر، فكثيراً ما يتوجّهون لنا بأسماء نمطية، محمد و/ أو محمود و/ أو أحمد بمحاولة لترحيف الأسماء وتشويشها وحين لفت أنظارهم لذلك الأمر فيكون الجواب التلقائي الاستعلائي: "شو بتفرق؟ كلّه نفس الشّي". هناك ضرورة وأهميّة للاسم الثلاثي والرباعي والخماسي والسّاداسي، كلّ باسمه ورسمه: هذا اسمي وفصلي وأعتز به، ويميّزني، لي جذور وجذور، لي شجرة عائلة ممتدة وليس بلقيط.

وكذلك الأمر محاولة المحتلّ الغاصب تحريف وتهجين أسماء الأمكانة والقرى المهجّرة، وكذلك سرقة أسماء الشّوارع والأحياء، والمدن الفلسطينية في محاولة لجعلها عبرية "أصلية وأصيلة" وبلغت المحاولات ذروتها حين أمرت وزارة المواصلات الإسرائيليّة عام 2009 بشطب أسماء البلدات العربيّة عن الإشارات واللافتات المنصوبة على الطرق والشّوارع الرئيسيّة واستبدالها بأسماء عبرية فقط وتحولت أم دومانة بين ليلة وضحاها إلى ديمونة، وعلى سبيل المثال لا الحصر، حولوا عسقلان إلى أشكّلون، بيسان إلى بيت شآن، صفد إلى تسفات، يافا إلى يافو، عكا إلى عَكُو، بئر السبع إلى بئير شيفع، كرم أبو سالم إلى كيرم شالوم، اللد إلى لود، زكريا إلى زخاريا، صفورية إلى تسبيوري، وصرفند إلى تسريفين وغيرها.

وفي حيفا، على سبيل المثال، عملوا على تغيير أسماء الشّوارع وإعطائها أسماء عبرية ذات دلالات يهودية أو عسكريّة، وعلى سبيل المثال؛ شارع أحمد شوقي تحول إلى غوش عتسيون، حسن صار حوسن، عمر المختار تحول إلى رزيئيل، صلاح الدين بات جيبوريم، المأمون تحول إلى أني مأمين وغيرها.



أخذوا بدايةً مصطلحاتنا وأدخلوها للمعجم العربي، مع تحريفها، عبرَّتها ومحاولَة تهويدها، محاولة بائسة منهم ونسبها لهم أباً عن جد. كم يؤلمني سرقة مأكولاتنا ونسبتها إليهم، مع تغيير حرف هنا وهناك في محاولتهم لصهيونتها، من الحمص والفلافل والتَّبُولة والمجدّرة والمقلوبة، وهذه السنة سرقوا "العرابيس".

جاءتني تغريدة نشرتها يوم 27 آب 2019 تحت عنوان "الطنطورة/ نكبة مستمرة لن تتوقف إلا بالعودة"؛ "تجولت الكاتبة رضوى عاشور برفقة زوجها الأديب مرید البرغوثي وابنها الشاعر تميم في شوارع العاصمة البرتغالية لشبونة وإذا بهم أمام مطعم "Tantura"؛ ارتعشت جوارحها ودخلته متلهفة لتناول طعام الغداء. تفَحَّصت لائحة الطعام ولفت انتباها أكلة المقلوبة فتخيلتها مطبوخة بوصفة الحاجة رقية الطنطوريّة، ومن صُنع أيادي الحفيدة رقية، ابنة حسن الطنطوريّ وفاطمة اللداویة. طلبت الوجبة بلهفة، وإذا بها تقرأ على "المينيو" أنّ الطنطورة قرية صيادين على شاطئ البحر "الإسرائيли" وكانت ميناءً مركزياً في الشرق الأوسط، فصُعيقت وبدأت تستفرغ.

عبرنة الأمكانة

حسن عبادي / حيفا

نشهد في الآونة الأخيرة معركة كونية في زمن العولمة ضدّ اللغة العربية ويتوجّب علينا صيانتها وحمايتها.

وُلدت في قرية كفر قرع، في فلسطين المحتلة، وكانت- منذ الصغر- محاولة شرسه لأسرلة أهلنا وتهويد البلاد، ورغم ذلك تبلور مع الزمن الحسّ القومي العربي لدى جيلنا، بعد أن صمد أهلنا في وجه محاولات الاقتلاع والتهجير إبان النكبة، لإيمانهم بأنّ الحجر في أرضه قنطرة، ومن هنا بدأنا بدراسة اللغة العربية على أصولها والتتمّكّن منها، من باب الندية وصراع البقاء لنتميّز بها مع الحفاظ على لغة الآباء والأجداد.

نحن، كأقلية قومية نعيش بين أغلبية يهودية، حافظنا على لغتنا وعروبتنا، رغم حرب التهويد اليومية، نقرأ الصحف العربية ونتابع الإعلام العربي ووسائل التواصل الاجتماعي ومنها نستمدّ قوّتنا في صراع البقاء اليومي، من باب "اعرف الآخر"؛ فالمعرفة قوّة وسلاح مقاومة فتّاك.

ومن هنا، معركتنا مع اللغة يومية؛ حيث تحاول المؤسسة إعادة قراءة للفلسطيني، وقراءة جديدة بعيدة كلّ البعد عن الحقيقة، لا، بل تزييفها وتزويرها بما يخدم مصالحهم ونهجهم في بناء التاريخ والتاريخ من جديد. هناك ترجمة مؤسّساتية مبرمجة ومؤدلجة، بصورة سلبية، أطلقتُ عليها في حينه "ترجمة شبّاكِنكِت" أي ترجمة مخابراتية استخباراتية، تحاول تشويه اللغة العربية ومحوها، تجييرها وتهويدها، فسرقو المعالم التاريخية والجغرافية، سلبو المكان والزمان، سرقوا الأكلات الشعبية واللباس الشعبي، الأغنية والرقصة العربية، في محاولة مُمَأْسَسَة للسطو على اللغة، ومن هنا تنبع أهميّة معرفتنا وإمامنا باللغة العربية كي نقف بالمرصاد، حماة للغة والديار.



Nº 22

Febrero 2026

REVISTA DE CULTURA ÁRABE ACTUAL